

LA BELLA DOROTEA

DE

MIGUEL MIHURA

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Pequeña salita, con aire acomodado, pero pueblerino, en casa de DOROTEA. En el lateral izquierdo, en primer término, una puerta que está cerrada. Junto a esta puerta, en segundo término y haciendo chaflán, un balcón con postigos y cortinas. En el paño del foro, una puerta que da a un pasillo. Otra puerta en el lateral derecha. Y en primer término de este lateral, una gran cómoda.

Junto a la cómoda, una mecedora. Y, a la izquierda, un gran ventanal rodeado de tres sillas. Algún mueble más repartido por la habitación. Cromos, litografías y algún retrato en las paredes. Es de noche, y los apliques de luz, y algún quinqué, están encendidos.

(Al levantarse el telón están en escena BENITA, INÉS y REMEDIOS. Son tres señoritas del pueblo, más bien jóvenes, visten de negro y llevan velitos sobre la cabeza. INÉS y REMEDIOS llevan también paraguas. Se escucha un ruido atroz de lluvia y tormenta.)

BENITA.- Pues parece que va sentando el tiempo.

INÉS.- Sí, eso parece.

BENITA.- Como que yo creo que va a aclarar.

REMEDIOS.- Pues no me chocaría.

INÉS.- Y a lo mejor hasta sale el sol. (Y se levanta y va hacia el balcón y mira, levantando el visillo.)

REMEDIOS.- No creo que salga. ¿A dónde va a ir con este día?

INÉS.- ¡De todos modos aquí, en el mes de agosto, una tarde buena siempre hace!

BENITA.- Como que es el mejor mes". Porque lo que es julio ¡Madre mía!

REMEDIOS.- Cuando hizo mal tiempo fue ayer.

INES.- La galerna fue lo antipático.

REMEDIOS.- Como que el veraneante por poco si se ahoga...

BENITA.- Pero nos queda otro, ¿no?

INÉS.- Quiá! Se nos volvió a Madrid antes de ayer, "acatarrao". El día del granizo.

(Y se sienta de nuevo junto a sus amigas.)

BENITA.— Es que vaya un granizo que cayó, Inés.

REMEDIOS.— Como que a mi padre se le espantó la mula.

INÉS.- ¿La negra?

REMEDIOS.- Entreverada.

BENITA.— Es que esa mula es muy asustadiza.

INÉS.— Lo ha sido siempre desde pequeña.

REMEDIOS.- El veterinario dice que lo que le pasa a esa mula es que tiene no sé qué cosa de inferioridad.

INÉS.— Pues no me extrañaría.

REMEDIOS.- Las mulas, ya se sabe. Siempre tienen problemas.

(Se abre la puerta de la izquierda y aparece DON MANUEL. Unos sesenta y tantos años. Lleva puestos unos pantalones negros, sujetas con tirantes sobre la camisa. Pasa ante las chicas, que se levantan, y se dirige a la cómoda.)

DON MANUEL.- Buenas...

REMEDIOS, BENITA e INÉS.— Buenas.

(DON MANUEL abre un cajón y revuelve todo, buscando algo que no encuentra.)

BENITA.- Estará usted nervioso, ¿verdad?

(DON MANUEL, como contestación, emite una especie de gruñido sin significado.)

INÉS.— ES que es para estarlo, don Manuel, diga usted que sí.

REMEDIOS.— Mi padre, el pobre, también es muy nervioso.

BENITA.- Y eso que no se ha visto nunca en este trance, Reme.

(DON MANUEL, después de revolver todo, no encuentra lo que busca, y vuelve a hacer mutis por la puerta de la izquierda, que deja cerrada, no sin antes despedirse de las chicas.)

DON MANUEL.- Adiós...

LAS TRES.- ¡Adiós!

(Y cuando DON MANUEL ha desaparecido, las tres mujeres vuelven a sentarse y hablan en voz baja.)

BENITA.- ¿Os habéis fijado?

INÉS.— Ya me lo imaginaba yo.

REMEDIOS. - Está deshecho. ..

BENITA.- Y es que es para estarlo.

INÉS.— Menudo trance.

(Se escucha un trueno espantoso.)

REMEDIOS.- Parece ser que arrecia.

BENITA.- Sí, un poquitín quizá.

(Y se levanta y mira a través de los visillos del balcón.)

REMEDIOS. — Pues si aquí tenemos mal tiempo, figúrate el que tendrán en Madrid.

INÉS.— Para qué te voy a contar.

BENITA.- Como que yo no sé cómo pueden vivir en aquel sitio.

REMEDIOS.- Que son unos suicidas, Beni.

INÉS.— Claro, que así les va...

BENITA.- Y después llega aquí el veraneante y se queja de que no sale agua del jarro...

INÉS.— Si no la gastasen toda en Madrid...

REMEDIOS.- En vicios, además.

BENITA.- ¿Cómo que en vicios? ¿Pues no te dije que el veraneante que se acatarró me preguntó un día si aquí había cucaña?

(Y se sienta otra vez junto a sus amigas.)

REMEDIOS.- Figúrate. ¡Como si aquí fuésemos a pensar en esas indecencias!

INÉS.— Aquí se viene a tomar el Sol, y nada más.

BENITA.- Y a ver la procesión, que tiene fama.

(Por la puerta de la izquierda entra DOÑA RITA, la tía de DOROTEA. Unos cuarenta y Cinco años. Va en bata y zapatillas y también se dirige a la cómoda, en donde busca algo en los cajones.)

DOÑA RITA. — Buenas.

LAS TRES.- (Levantándose.) Buenas...

REMEDIOS. Nerviosa, ¿no es verdad?

(RITA no contesta.)

INÉS.— Es que es para estarlo, claro.

BENITA.- ¡Menudo trance!

REMEDIOS.- ¡Y cuando los nervios se desatan!...

INÉS.— Es que no hay manera de contenerse...

REMEDIOS.- Yo siempre digo que los nervios dan muchos disgustos, ¿no es verdad, doña Rita?

(Doña Rita no encuentra lo que busca en la cómoda y hace mutis por donde entró, despidiéndose de pasada de la visita.)

DOÑA RITA.- Adiós.

LAS TRES.— Adiós.

(Y vuelven a sentarse y a murmurar de nuevo.)

INES.- Esta es la peor de la familia. Porque don Manuel, el padre de Dorotea, es repulsivo, pero al fin y al cabo tiene dinero y ha sido concejal. Pero en cambio la hermana, desde que se quedó viuda es una parasita y no tiene donde caerse muerta.

REMEDIOS.- ¡Pues hay que ver cómo presume!..

BENITA.- ¡Nos ha mirado como una reina!

REMEDIOS.- Yo creo que, a lo mejor, es que estén molestos porque hemos venido de visita tan temprano...

(Suena, lejana, la campana del reloj de una iglesia.)

INÉS.— ¿Temprano, si son las seis y cuarto de la mañana?

BENITA.- ¡Pero hija, si ya esta amaneciendo. . .!

(Entra ROSA por la puerta de la derecha. Es la criadita de la casa. Sencilla. Tranquila. Un poquitín guasona. Va también a buscar algo en la cómoda.)

ROSA.- Hola.

BENITA.- Hola, Rosa.

ROSA.- ¿Están ustedes esperando aún?

INÉS.- Pues claro que sí. ¡Como todavía no ha salido la señorita!...

ROSA.- (Extrañada.) ¿Qué no ha salido? ¡Pues eso sí que es raro!

REMEDIOS.- ¿Como puede tardar tanto en arreglarse?

ROSA.- Cualquiera sabe si se estará arreglando. A lo mejor no se ha despertado todavía... ¡Como ella es así!...

BENITA.- (Irritada.) ¿Vas a decirnos que no se ha despertado todavía?

INÉS.- (Igual.) ¿Es que pretendes burlarte de nosotras?

ROSA.- Pues yo por la casa no la he visto.

REMEDIOS.- Pues mira a ver si la ves.

INÉS.— Y dile que estamos nosotras aquí.

ROSA.- (Cerrando el cajón que había abierto.) Bueno. Pues daré una vuelta. Me voy a llegar hasta su alcoba, a ver...

(Y va hacia la puerta del foro, pero BENITA la llama.)

BENITA.- ¡Oye!

ROSA.- ¿Qué?

BENITA.- Estarás nerviosa, ¿verdad?

ROSA.- ¿Nerviosa yo?

REMEDIOS.- Si quieres tanto a tu señorita, es para estarlo.
INÉS.- Y habrá que ver ella...
ROSA.- (Displícite.) Bueno... cuando ustedes lo dicen...
(Y muy tranquila, hace mutis por la puerta del foro.)
INÉS.- ¿Pero habéis visto? Esta sí que es rúcana. ..
BENITA.- Y que no hay quien le saque nada.
REMEDIOS.- Es que en esta familia es rara hasta la criada...
INÉS.- ¿Y qué buscaran tanto en la cómoda?
REMEDIOS.- No sé. A lo mejor es que hay ratones...
(Nuevamente se escucha dentro la vez de ROSA y les golpes que está dando en una puerta.)
ROSA.- (Dentro.) ¡Señorita Dorotea! ¡Señorita Dorotea!
REMEDIOS.- ¿Oís?
BENITA. - Sí.
INÉS.- Seguro que se ha desmayado...
BENITA.- Pues no me extrañaría.
ROSA.- (Dentro.) ¡Señorita Dorotea!
REMEDIOS.- (Levantándose.) Yo voy a enterarme de lo que ocurre...
INÉS.- ¡No, Reme! Estate quieta... Espera a ver. ..
REMEDIOS.- Es que no puedo con la zozobra...
BENITA.- Haz un esfuerzo...
REMEDIOS.- (Cerca de la puerta del foro.) Ya viene aquí otra vez.
(Por la puerta del foro entra ROSA, sonriendo.)
ROSA.- ¿No les decía a ustedes? ¡Pues ya ven!...
INÉS.- ¿El qué?
REMEDIOS.- ¿Qué ha pasado?
ROSA.- Pues que la señorita Dorotea estaba durmiendo a pierna suelta. Parece mentira, ¿verdad? ¡Pues, hala, a pierna suelta!
REMEDIOS.- (Irritadísima.) ¡No me digas que estaba durmiendo!
INÉS.- (Igual.) ¡Eso no puede ser!
ROSA.- ¿Pero no han oído los golpes que he tenido que dar en la puerta para que se despertase? Y es que estaba como un tronco, pero, vamos, lo que se dice en siete sueños...
BENITA.- ¡Pero eso será porque no ha podido dormir en toda la noche!
ROSA.- ¡Anda que no! Se acostó a las ocho; se puso a leer una novela de esas francesas que ella lee, y a las nueve entré yo a llevarle un vaso de leche y ya estaba como un ceporro. O séase, que ha dormido más de diez horas de un tirón...
REMEDIOS.- (Indignada.) ¡Es mentira, Rosa!
INÉS.— ¡Quieres engañarnos!
REMEDIOS.- ¡Como veis, se han puesto de acuerdo para decir esa mentira!
(Y vuelve a sentarse en el sitio que ocupaba al principio.)
ROSA.- ¿Mentira? Si, si, mentira... (Asomándose por la puerta del foro.)¡Miren! Ahí viene todavía muerta de sueño...
(Y deja paso a DOROTEA. De veinticinco a treinta años. Es también otra señorita de pueblo, pero distinta. Con más clase. Con un aire muy superior)
DOROTEA.- Hola, chicas, hijas, perdonad...
LAS TRES.- Hola, Dorotea.

DOROTEA.- Me ha dicho Rosa que estabais aquí. ¿Pero qué os pasa? ¿Cómo tan tempranito? (Y mientras habla DOROTEA, Rosa descorre del todo las cortinas del balcón, por donde entra la luz del día.)

BENITA.- Ya son más de las seis, Dorotea.

DOROTEA.- Bueno, ¿y qué? ¿Qué es lo que os ocurre para que me miréis así?

REMEDIOS.- Que Rosa nos ha dicho que estabas durmiendo.

DOROTEA.- (Sentándose en la mecedora.) Pues sí, hijas. Estaba en la cama tan ricamente. ¡Ay, qué sueñecito tenía!

INÉS.- (De nuevo indignada.) ¡No mientas, Dorotea! ¡No es verdad!

DOROTEA.- ¿Pero por qué no va a ser verdad?

REMEDIOS.- ¿Cómo puedes estar durmiendo si te casas hoy, dentro de dos horas?

DOROTEA.- ¡Ah, es verdad! ¡Si es hoy! ¡Pero si ya no me acordaba! ¡Pero cuidado que soy despistada para estas cosas! ¿Estáis seguras de que es hoy?

ROSA.- Claro que sí, señorita... Si se lo recordé ayer al mediodía...

DOROTEA.- ¡Pero qué cabeza la mía! Es verdad, claro... Pero si hasta lo tenía yo apuntado en un papelito... (Se levanta y se dirige a ROSA.) Pues anda, hija, prepárame el velo y esas cosas... Claro que, ahora que caigo, yo no sé si hemos comprado velo...

ROSA.- Yo ayer vi en su alcoba una cosa blanca, así como larga...

DOROTEA.- Pues a lo mejor es eso... Anda, Rosa, vete a plancharlo que estará arrugadísimo.

ROSA.- Sí, señorita. Voy enseguida.

(Y hace mutis por la puerta del foro.)

DOROTEA.- ¡Pero mira que quedarme dormida! ¡Pero qué barbaridad! ¡En un día como hoy, tan señalado! ¡Y a lo mejor voy a llegar tarde!

BENITA.- ¡Ya está bien, Dorotea, ya está bien!

INÉS.— ¡Eso! ¡Ya está bien!

DOROTEA.- ¿El qué está bien?

REMEDIOS.- ¡Ya está bien de bromas!

DOROTEA.- No comprendo.

BENITA.- ¡No consiento que pretendas reírte de nosotras!

INÉS.- ¡Es mentira que estuvieses durmiendo!

REMEDIOS.- Cuando una se va a casar por fin, como vas a casarte tú, no se duerme, no se come, no se vive, no se respira...

DOROTEA.- ¿Es que lo sabes por experiencia?

REMEDIOS.- Lo sabré en su día y no trataré de ocultarlo como lo ocultas tú, para darte importancia, para humillamos, para desesperamos, para presumir de original...

INÉS.- ¡Nunca pensé que hicieras esto con tus mejores amigas, Dorotea!

BENITA.— ¡Esto es una infamia!

DOROTEA.— ¡Bueno! ¿Pero a qué viene este zipizape?

REMEDIOS.— Si en el pueblo no hemos podido dormir nadie, pensando en tu boda, ¿cómo vas a dormir precisamente tú?

DOROTEA.— Todo depende de las ganas que tenga una de casarse...

INES.— ¿Es que tú no las tienes?

DOROTEA.— Yo tenía ganas de casarme a los diecinueve años, como todo el mundo. Pero ya, a los veinticinco cumplidos, esto del casorio me parece una lata. ¡Mira que tener que dormir con un hombre en la misma cama! ¡Qué atrocidad! ¡Con lo prohibido que está eso!

BENITA.— ¡Es mentira todo lo que dices!

INES.— ¡No lo sientes!

REMEDIOS.- ¡Quieres provocarnos!

DOROTEA.- Bueno, ¿pero se puede saber para qué habéis venido? ¿Para armar pitote?

(Y se sienta en una silla volante que ha llevado junto a sus amigas.)

BENITA.— Hemos venido para ver qué hacías. Para saber si estabas nerviosa, o no. Y para después irlo contando por el pueblo.

DOROTEA.- ¿Y por qué iba a estar nerviosa? ¡Mira que es manía!

REMEDIOS.- Porque por fin te casas, ¿te parece poco?

DOROTEA.- ¿Y con quién me caso, me queréis decir? Con un sinvergüenza de Madrid que sólo viene por mi dinero.

REMEDIOS.- (Su irritación desaparece. En las tres renace la calma.) Sí, claro, eso sí...

BENITA.— En eso te damos la razón, ya ves...

INÉS.- Lo que es evidente, no puede negarse...

DOROTEA.- Un tío frescales que se quiere casar conmigo por quedarse con la fonda de la estación, con las cinco carnicerías, con el estanco, con las veinte casas del pueblo, y con las cincuenta vacas de mi padre, que heredaré yo cuando él se muera.

INÉS.— Eso desde luego.

DOROTEA.— ¿No es eso lo que se dice en el pueblo?

BENITA.- Si, algo de eso se dice, para qué te vamos a engañar.

DOROTEA.— ¿Y no es eso lo que pensáis vosotras también?

REMEDIOS.- Tanto como eso, no... Pero el chico ese qué es? Un don Nadie.

INÉS.— Y hay que reconocer que has ido rechazando muy buenos partidos de entre gente de aquí.

BENITA.- Porque todos te parecían poco para ti.

REMEDIOS.- Entre ellos, mi hermano Dionisio.

DOROTEA.- Tu hermano Dionisio es un burro.

REMEDIOS.- No te tolero que insultes a mi hermano.

DOROTEA.- Un burro, que el primer día que salimos juntos me preguntó

"Bueno, pero tú, aparte de los establecimientos y la fonda, y el "ganao", cuando muera tu padre, que ya está al caer, en metálico contante y sonante, ¿cuántos cuartos te van a quedar?"

REMEDIOS.- Porque Dionisio quiere ampliar su tienda de la calle Real y necesita dinero.

INES.— Y todos te dijimos que te convenía. Porque es verdad. Porque es muy buen chico.

BENITA.- Y sabes perfectamente que nosotras somos las únicas amigas que tienes. Porque las demás te aborrecen.

REMEDIOS.- No solo porque eres la más rica del pueblo, sine porque tienes tus rarezas.

INES.— Y porque como estuviste ocho días en Bayona, te crees superior a todas nosotras.

DOROTEA.— No estuve ocho. Estuve diez. Aquí en la cómoda tengo facturas que lo prueban. (Y va hacia la cómoda.)

BENITA.- Pero seis fueron de viaje.

DOROTEA.- De viaje sólo fueron tres...

REMEDIOS.- Y sobre todo, ¿qué tienen en Bayona que no tengamos nosotros?

DOROTEA.— Tienen libertad. No se preocupan los unos de los otros. Viven.

Respiran. Se besan. Se aman. Hacen lo que quieren.

BENITA.- Tu lo has hecho siempre. Has sido la niña mimada. La caprichosa.

DOROTEA.- Porque soy rebelde. Porque tomo a broma lo que vosotras tomáis en serie. Porque, incluso esta conversación tan desagradable que estáis provocando, en vez de imitarme me hace sonreír. Y porque me importa un pito el pueblo entero.

INES. - No es verdad. Tienes miedo al pueblo como lo tenemos nosotras. Tienes miedo a la murmuración y al qué dirán.

BENITA.— ¡Pero te defiendes con una actitud de reto y de desprecio!

REMEDIOS.- ¡Y eso es peligroso, Dorotea! ¡Porque el pueblo tiene una fuerza!

DOROTEA.- ¿Y para qué tiene esa fuerza? ¿Para decir, como dicen ahora, como han dicho siempre de todos los novios que he tenido, que Fermín solo se casa por mi dinero y que no me quiere? ¿Para mirarnos con guasita cuando paseamos juntos por la calle Real? ¿Qué hay que hacer entonces para que el pueblo esté contento? Si eres rica, malo. Si eres pobre, peor. Si no te casas, se ríen de ti. Si te casas también se ríen. Si no vienen a veranear los de Madrid, en un pueblo que sólo les ofrece tempestad y sardinas, y como atracción máxima fuegos artificiales, los de Madrid son unos cretinos. Si vienen a veranear y una chica enseña una pierna y pide en un café un "vermout" con gotas, esa chica es una tunanta. Todos están en contra ¿no? Pues yo también lo estoy.

REMEDIOS.— Pero te estás haciendo enemigos inútilmente.

DOROTEA.— Todos aquí son enemigos. Porque vamos a ver... (Y vuelve a sentarse en la Silla.) ¿Por qué no me he casado yo antes? ¿Y por qué no os habéis casado vosotras? Porque basta que tuviéramos un pretendiente para que todos le pusieran defectos. Este bebe. Este no va a misa. Este tuvo una amante en Barcelona. Este, de pequeño, tuvo epilepsia... Y no lo decían por defendernos, Sino por atacarnos. Por chincharnos. Y sin saber por qué, sólo por esos comentarios, los íbamos dejando y seguíamos paseando bajo la lluvia por la Calle Real, para ver si encontrábamos otro que mereciese la aprobación de los vecinos...

BENITA.— En eso tienes un poco de razón.

DOROTEA.— ¿Y qué clase de novios encontrábamos? Pues unos sinvergüenzas que sólo querían aprovecharse. Y desde hace cuatro meses, ni siquiera eso. Porque ya sabéis que desde que el Alcalde mandó iluminar el paseo de la carretera y poner farolas en el parque, todos los novios han roto con sus novias y para entretenerse han fundado un equipo de balompié. Porque ellos lo que querían era la oscuridad, el anonimato y la alevosía y todo lo demás les traía sin cuidado. ¿Es verdad o no?

INÉS.— Sí que es verdad.

REMEDIOS.— Como que el asunto es tan grave, que hoy se va a debatir en el Ayuntamiento si se quitan otra vez las luces, o se encienden un día sí y otro no.

DOROTEA.- Por lo tanto, si habéis venido para eso, volved a vuestras casas y decid que estoy muy nerviosa, que no he dormido en toda la noche, que me ha dado un patatús, que he sufrido soponcios y que posiblemente me tendrán que trasladar a la iglesia en una camilla. ¿Estáis ya contentas?

(Y coloca de nuevo la Silla en su sitio.)

BENITA.— Supongo que no te habrá molestado lo que te hemos dicho.

INÉS.- Porque nosotras hemos venido con toda nuestra buena intención.

REMEDIOS.— Y debes reconocer que has sido tú la que te has mostrado impertinente.

DOROTEA.— Sí, es verdad. Debéis perdonarme. Pero es que como me acabo de despertar y tengo este sueño... (Y vuelve a sentarse en la mecedora)

REMEDIOS.— (Enfadada.) ¿Otra vez con lo mismo? (Y va hacia ella.)

BENITA.- (Igual.) ¡Jura que eso no es cierto!

INÉS.- (Igual.) ¿Por qué insistes en atormentarnos?

(Se abre la puerta de la izquierda y entra DON MANUEL. Va vestido de negro, para la boda, con sombrero hongo, bastón y guantes.)

DON MANUEL.- Buenos días...

DOROTEA.- (Va hacia él y lo besa.) Hola, papá. Buenos días.

DON MANUEL. - Ya estoy listo, Dorotea. ¿Qué haces que no te arreglas?

DOROTEA.- Aún es pronto. Además, estaba despidiendo a estas amigas.

DON MANUEL.- Pues despídelas ya, caramba. A ver sí se marchan a Su Casa de una vez.

BENITA.- No, si ya nos íbamos a ir.

DON MANUEL.- ¡Pues a ver si es verdad, corcho!

(Y se sienta en la silla que hay en primer término junto a la puerta de la izquierda.)

INÉS.- Te dejamos, entonces, que tendrás que vestirme.

DOROTEA.- Pues sí. Echarme un vestido nada más. Y ponerme eso blanco en la cabeza.

BENITA.- También nosotras tenemos que arreglarnos, porque queremos llegar a la iglesia las primeras y no perdemos nada.

DOROTEA.- Pues hala, guapitas, no se os haga tarde...

BENITA.- Y felicidades por adelantado.

(Y van besándola las tres.)

REMEDIOS.- Y no te pongas muy nerviosa...

DOROTEA.- ¿Nerviosa yo? Ya me estáis viendo...

INÉS.— Desde luego nunca pensábamos que estuvieras así...

BENITA.- Adiós, don Manuel.

DON MANUEL.- Vayan ustedes a la porra.

REMEDIOS.— Muchas gracias, hasta después.

DOROTEA.- Adiós, adiós...

(Y con los adioses, las tres amigas van haciendo mutis por la puerta de la derecha. En cuanto se han ido, DOROTEA cierra la puerta, deja sus nervios desatados y empieza a correr de un lado para otro, como buscando, hasta que va a la cómoda y empieza a revolver los cajones, como han hecho los demás habitantes de la casa.)

DOROTEA.- ¡Ay, qué nerviosa estoy! ¡Ay, que se me va a hacer tarde! ¡Ay, pero dónde habré yo metido la polvera!

DON MANUEL.- ¿Qué te han dicho esas pajarracas?

DOROTEA.- Nada. Lo de siempre. La polémica esa de los novios.

DON MANUEL.- ¿Por qué aullaban?

DOROTEA.- Porque les he dicho que he estado durmiendo hasta ahora mismo y les ha sentado como un tiro.

DON MANUEL.- Y no será verdad, claro.

DOROTEA.- No he pegado un ojo en toda la noche, papá. Desde las cuatro estoy levantada, metiéndome en la tinaja y dando vueltas por el pasillo.

DON MANUEL.- Pues no sé cómo no hemos chocado, porque a mí me ha pasado igual.

DOROTEA.- Es que yo iba por mi derecha.

DON MANUEL.- Y yo por la mía.

DOROTEA.- A quien encontré fue a Rosa, que también estaba paseando, y nos pusimos de acuerdo para fastidiar a esas tontainas y decirles que estaba en siete sueños... ¡Ay, qué nerviosa estoy, Dios mío!

DON MANUEL.- (Se levanta y va hacia donde está DOROTEA.) ¡Qué vida tan cochina, Dorotea! ¡Siempre fastidiándonos los unos a los otros!

DOROTEA.- Hay que defenderse, papá... Que si no, se nos comen...

DON MANUEL.- Sin embargo, mientras me vestía, te he oído decir que Fermín sólo se casa por tu dinero. ¿Es verdad que piensas eso de tu novio?

DOROTEA.- Eso es lo que piensan ellas y lo que piensa el pueblo entero. Y antes que me lo digan en mi propia cara, me adelanto yo para desarmarlas". Pero Fermín me quiere a mí y yo quiero a Fermín. Y Fermín es la única persona decente y noble que he conocido desde que era niña. Y yo quiero casarme con Fermín y Fermín se quiere casar conmigo, y nos casaremos y seremos muy felices, si es que consigo encontrar esa polvera que no encuentro...

DON MANUEL.- ¿Pero para qué quieres la polvera, demonio?

(Y vuelve a sentarse junto al velador)

DOROTEA.- ¡ES verdad! Pero si yo no quiero la polvera para nada... Pero cuidado que estoy nerviosa... ¡Ay, Dios mío, que voy a llegar tarde a la ceremonia!

(Por la puerta del foro sale Rosa, también nerviosa y con un vestido diferente, como para ir a la boda.)

ROSA.- Ande ya, señorita. ¡Ya tiene todo preparado! Ande. ¡Dése prisa!

DOROTEA.- ¡Si, hija, ya voy...! (Y va a hacer mutis por la puerta de la izquierda.)

ROSA.- ¡Pero si no es por ahí señorita! ¡Su habitación es por allí!

DOROTEA.- ¡Ah, es verdad! ¡Ya no me acordaba! ¿Por dónde es entonces?

ROSA.- Por aquí, por el pasillo... Yo iré delante... Y usted sígame para que no se pierda., (Y hace mutis por la puerta del foro.)

DOROTEA.- Sí, yo voy detrás... Enseguida vuelvo, papá. No te desnudes, eh. No te desnudes...

(Y DOROTEA hace mutis siguiendo a Rosa. Enseguida entra RITA por la puerta de la izquierda, vestido también para ir a la iglesia.)

DOÑA RITA.- ¿Y Dorotea?

DON MANUEL.- Se ha ido a vestir.

DOÑA RITA.- Voy a ir a ayudarla.

DON MANUEL.- Déjala. Ya la ayuda Rosa.

DOÑA RITA.- ¿Por qué discutía con sus amigas?

DON MANUEL.- Ya sabes el carácter que tiene, que no hay quien la aguante.

DOÑA RITA.- De sobra lo sé. Menos mal que, por fin, se casa. Quizá con el matrimonio se le quiten todas esas rarezas.

DON MANUEL.- Desde luego, algo rara sí es.

DOÑA RITA.- ¡Como su madre, que en paz descansa! Una extravagante. ¡Con decir que era de Orihuela...!

DON MANUEL.- Como te metas con su madre, te doy con este bastón en la cabeza, Rita.

DOÑA RITA. - Tú mismo lo has dicho muchas veces.

DON MANUEL.- Yo puedo decir lo que me dé la gana, porque para eso soy el cacique del pueblo. Pero tú eres mi hermana nada más, y te tienes que callar la boca. Además, si es rara, tiene sus motivos.

DOÑA RITA.- No sé qué motivos.

DON MANUEL.- La han dejado muchos novios, Rita. Y esto no tiene explicación. Yo me lo he preguntado muchas veces...

DOÑA RITA.- La han dejado por su carácter.

DON MANUEL.- No estoy yo muy seguro.

DOÑA RITA.- ¿Por qué otra cosa entonces?

DON MANUEL.- No sé. Por lo que sea. Pero sin motivos aparentes la han ido dejando. Otras veces, claro, los ha dejado ella. Pero el resultado es que está ya muy trabajada.

DOÑA RITA.- Es orgullosa.

DON MANUEL.- Es inteligente. Y es natural que no se entienda bien con estos palurdos llenos de hipocresía, como tú y como yo. Sobre todo como tú.

DOÑA RITA.- Ella es tan palurda como nosotros, aunque crea lo contrario.

DON MANUEL.- Pero tiene sus ideas. Y lee en francés. Y ha viajado. Y tiene el sentido de la independencia. Y es rebelde.

DOÑA RITA.- En este pueblo no caben rebeldías. Tenemos que Ser como son todos.

DON MANUEL.- Ya este pueblo no es como era, Rita. Es diferente. Vienen veraneantes.

DOÑA RITA.- Este año, dos, y uno ha sido baja. Y si sigue este tiempo, al que nos queda se lo llevará la resaca...

DON MANUEL.- En cuanto subamos los precios vendrán más. Y eso es lo que tiene pensado Dorotea, de acuerdo con su marido, que es un hombre listo. Subir los precios... Así... A base de caro. ¡Venga a subirlo todo! ¡Y esto se nos llena!

DOÑA RITA.— Entonces, ¿es verdad que vas a dejarlos al frente de la fonda de la estación?

DON MANUEL.- Naturalmente. Ya te he dicho que ellos tienen ideas revolucionarias para la hostelería. Nada de dar seis platos, como ahora, que es una ordinareiz... Uno sólo, pero con lechuga... Y mucho más caro que si fueran seis.

DOÑA RITA.— Y yo, ¿qué voy a hacer entonces?

DON MANUEL.- Tú a cuidar esta casa. Y a mí. Y a arreglar la cómoda, que, no se encuentra nunca nada.

DOÑA RITA.— ¿Y las carnicerías?

DON MANUEL.- Esas las llevaré yo, personalmente.

DOÑA RITA.— ¿Y las vacas?

DON MANUEL.- Yo me ocuparé.

DOÑA RITA.— Ya sabía yo que cuando se casara Dorotea, me destituirías de todos mis cargos...

DON MANUEL.- Porque tú no sabes de negocios una palabra.

DOÑA RITA.- Pero me ayuda Andrés, el mozo.

DON MANUEL.- Ese todavía sabe menos que tú.

DOÑA RITA.— ¿Y crees que, si tú faltas, Dorotea y su marido sabrán seguir adelante? Porque a ella ya la conoces. Es una romántica. Desde niña lo ha sido, y no se ocupa de nada... Y él...

(Sale ROSA por la puerta del foro y va hacia la puerta de la derecha.)

DON MANUEL.- ¿Adónde vas?

ROSA.- Han llamado a la puerta.

(Y hace mutis.)

DOÑA RITA.— Alguna otra visita... (Y va hacia el foro.) Voy a ver a Dorotea.

DON MANUEL.- Espera un poco. ¿Qué decías de él?

DOÑA RITA.- Que él quería haberse ido a vivir a Madrid.

DON MANUEL. - Porque allí tiene su empleo y es un hombre decente y no quiere que piensen que se queda aquí para aprovecharse y vivir del cuento. Pero no se lo he permitido, porque si se casa con Dorotea y yo di el consentimiento, ha sido para que se ocupe de mis cosas, que son las de mi hija. Esa ha sido la condición.

DOÑA RITA.- Pero no había necesidad de eso. Yo siempre te he ayudado. Yo podía haber seguido ocupándome...

DON MANUEL.- ¿Y no es mejor que te dediques sólo a cuidarme? Yo no estoy bien. Estoy viejo. Y ahora, cuando Dorotea se vaya a vivir a la fonda, yo la echaré mucho de menos... A pesar de sus rarezas y de sus manías...

(Entra ROSA por donde Salió. Con un sobre cerrado en la mano. Viene como alelada. Llorosa.)

ROSA.- Han traído esta carta para la señorita. Es del señorito Fermín.

DON MANUEL.- ¿De Fermín, dices?

ROSA.- La ha traído un mozo de la pensión. (Y se echa a llorar.)

DOÑA RITA.- ¿Pero qué te pasa?

ROSA.- Que el mozo me ha dicho que el señorito Fermín Se ha marchado.

DON MANUEL.- ¿Cómo dices?

ROSA.- Sí. Que se ha ido en el primer auto de línea de la mañana.

DON MANUEL.- ¡No es posible! ¡Dame esa carta!

ROSA.- Tome.

DOÑA RITA.- ¿Pero qué puede haber pasado?

DON MANUEL.- No sé si abrirla, Rita...

DOÑA RITA.- Sí, ábrela...

DON MANUEL.- No me atrevo...

(Y entra DOROTEA por el foro, ya vestida de novia. Viene contenta y sonriente.)

DOROTEA.- ¿Qué? ¿Qué os parezco? ¿Estoy monilla? ¿Me ha quedado bien de largo el vestido, o me lo subo un poco más? (Ve a todos callados.) ¿Pero qué os pasa?

DON MANUEL.- Fermín te ha mandado esta carta.

DOROTEA.- ¿Una carta? Dame. ¿La habéis leído?

DON MANUEL.- No.

DOROTEA.- ¿Y qué puede ocurrir?

(Abre. Lee. Y su expresión cada vez va siendo más triste.)

DOÑA RITA.- ¿Qué dice?

DON MANUEL.- Vamos, di algo. Lee en alto.

ROSA.- ¿Qué le pasa, señorita?

DOROTEA.- Dice que no se casa. Que se vuelve a Madrid.

DON MANUEL.- ¿Pero por qué?

DOROTEA.— (Siempre con la mirada en la carta.) Que ha meditado mucho durante toda la noche... Que en el pueblo todo el mundo dice que se casa por el dinero... Que la gente le mira burlándose,. Que ayer, en el café, escuchó unos comentarios que le avergonzaron. Que cada día que pasa se encuentra más incómodo y más ridículo en este ambiente... Y que... (Lee en voz alta.) " ...mi resolución es bien firme y nada hará volverme atrás. Cuando leas estas líneas, estaré ya muy lejos de aquí. Vivir en este pueblo, contigo, en donde todo son comentarios sobre los dos, me sería imposible"... Y otras cosas. Y que le perdone. Y que adiós... (Deja de leer.) Y que le perdone... Qué cumplido, ¿verdad?

DON MANUEL. - ¡Qué miserable, querrás decir!

DOÑA RITA.— ¡Es increíble!

DOROTEA.— ¿Quién la ha traído, Rosa?

ROSA.- El mozo de la pensión. Y me ha dicho que el Señorito Fermín se ha ido ya hace una hora...

DOROTEA.- ¿Y lo diría con burla, verdad?

ROSA.- Le he insultado, señorita... Casi se estaba riendo...

DON MANUEL.- ¡Ese tal Fermín es un canalla!

DOROTEA.- Los del pueblo también lo son, ¿verdad?

DON MANUEL.- Yo iré a buscarle... ¡Yo le haré volver!

DOROTEA.- Es inútil ya... Si ha tomado esa determinación... Me ha dejado plantada, y eso es todo. (Y se sienta junto al velador)

DON MANUEL.- ¿Pero no lloras? ¿No te enfadas? ¡Di algo!

DOROTEA.- ¿Qué queréis que diga? Que ya la cosa no tiene remedio... Y que no hay que preocuparse. Y que si no me caso con él, me casaré con otro.

DOÑA RITA.- ¿Con otro?

DON MANUEL.- ¿Con quién?

DOROTEA.- Con cualquiera. Todo es cuestión de dar un nuevo paseo por la calle Real. Todavía tengo pretendientes. Entre ellos, el hermano de Reme, Dionisio. El que quiere ampliar el negocio de las pañerías. O el telegrafista, ese bajito...

DOÑA RITA.- No es momento de pensar ahora en esas cosas, Dorotea.

DOROTEA.- Pues yo creo que es el mejor momento. Estoy vestida de novia, y en la iglesia me están esperando el cura y los invitados.

DON MANUEL.- ¿Qué quieres decir con eso?

DOROTEA.- (Se levanta y habla con firmeza.) Que me he puesto este vestido de novia para Casarme, y con él me casaré, pase lo que pase. Y que yo te juro que este uniforme de novia no me lo quito yo de encima hasta que con él vaya a la iglesia.

DOÑA RITA.- ¡Estás loca! ¡No sabes lo que dices!

DON MANUEL.- ¿Otro capricho, hija?

ROSA.- No diga esas cosas, señorita, que me da mucha pena.

DOROTEA.- Ni pena ni nada. Ahora mismo me voy a buscar otro novio a la calle Real. Y yo os aseguro que vuelvo con él. Si no es por la mañana, será por la tarde. Si no es hoy, será mañana. Pero vuelvo Con él para ir a la iglesia. Avisad al cura, que no se vaya. Que me esperen todos, que enseguida iré...

DOÑA RITA.- ¡Pero vas a hacer el ridículo, Dorotea!

DOROTEA.- ¿Y no lo he hecho ya? ¿No se van a reír todos de mí? ¿No ha empezado a reírse ya el mozo que ha traído esta carta? Pues yo me reiré también de ellos paseando por las calles

con mi vestido blanco y buscando otro novio; para que vean que no me acobardo, que soy valiente, que sus comentarios y sus risas me importan un rábano... Y ya veremos quién es el que se ríe de quién...

DOÑA RITA.- Tienes que conformarte... No puedes ser tan rebelde.

DOROTEA.- Soy como soy, y no hay nada más que hablar...

DON MANUEL.- ¡Dorotea!

DOROTEA.— No te preocupes, papá... Volveré pronto, ¿Sabes? Dame un beso... Y tú otro, tía... Y tú otro, Rosa... Total, no es tan grave lo que voy a hacer... Es lo que he hecho siempre... Dar mí paseo por la calle Real...

(Y con una congoja contenida que trata de disimular; va hacía la puertade la derecha, por donde hace mutis, mientras rápidamente cae el

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Paseo en la Alameda, con vistas al mar, el cual se supone emplazado en el patio de butacas. Cara al público, dos bancos, uno a la derecha y otro a la izquierda, y entre ellos, y en primer término, una pequeña balaustrada. Fondo de jardín. Es la caída de la tarde. Muy distante, se escucha la música y los ruidos propios de una verbena.

(Al levantarse el telón está la escena sola. En seguida, por la izquierda, aparece JUAN BERMÚDEZ. Unos treinta y cinco años, simpático. Camisa a Cuadros, sin corbata. Sombrero de fieltro. Viene silbando una cancioncilla, mira hacia el mar; apoyado en la balaustrada, y después se sienta en el banco de la derecha, donde sigue silbando. Por la derecha aparece ahora DOROTEA con su mismo vestido de novia, ya un poco ajado por el tiempo. En la mano lleva un paraguas Cerrado. Pasa ante JUAN que la mira asombrado, le saluda y, después, va a apoyarse en la balaustrada.)

DOROTEA.- Buenas...

JUAN.- Buenas...

DOROTEA.- (Después de mirar hacia el mar) ¡Un barquito! ¿Lo ve?

JUAN.- Sí.

DOROTEA.- ¡Qué rico! Él solito por ahí, venga a mojarse... Hoy hace mucho mejor tiempo que ayer. (JUAN la mira sin contestar) ¿Por qué me mira tanto?

JUAN.- No, no... Por nada. ¿De qué va usted vestida?

DOROTEA.- De novia. Llevo así más de siete meses.

JUAN.- ¡Ah!

DOROTEA.- Para agosto, si Dios quiere, hará un añito. (Y se sienta en el banco de la izquierda.) Usted es forastero, ¿no?

JUAN.- Sí. He venido para la feria. Tengo un "tío-vivo" en la verbena.

DOROTEA.- ¿Y por qué no está en su "tío—vivo"?

JUAN.- Pues porque se ha descompuesto una pieza y estoy esperando que la traigan de Madrid.

DOROTEA.- Ya.

JUAN.- ¡Oiga!... ¿Y por qué va usted vestida de novia? ¿Para hacer gracia?

DOROTEA.- No, señor. Voy vestida de novia porque me dejó mi novio y estoy esperando que me salga otro.

JUAN.- Claro que sí. Hace usted muy bien. Y dígame..., ¿en este pueblo hay muchas tontas o es usted el único ejemplar?

DOROTEA.- En este pueblo todas las mujeres somos tontas. Pero eso pasa igual en Filadelfia... Esto no es cuestión de geografía, sino de sensibilidad.

JUAN.- (Dispuesto a darle la razón en todo.) Y que usted lo diga.

DOROTEA.- Además, el que yo vaya así vestida no quiere decir que sea tonta. Según eso, también serían tontos los soldados y todos los que van de uniforme. Yo llevo mi uniforme de novia, y eso es todo. Estoy haciendo el servicio.

JUAN.- Claro..., claro que sí.

DOROTEA.- Lo que les pasa a ustedes, los forasteros, es que se extrañan de cualquier novedad.

JUAN.- Pues mire..., pudiera ser.

DOROTEA.- ¡Y a lo mejor es usted de Madrid y toda la pesca!

JUAN.- Pues, sí. De allí mismo.

DOROTEA.- No, si ya se nota. Mucho presumir de vívales, pero más paletos que nadie. ¡Con decir que los domingos lo que les gusta es irse al campo...! ¡Vamos, menuda ordinariez!

JUAN.- Desde luego. Tiene usted razón...

(Y sonríe, porque DOROTEA empieza a resultarle ya simpática.)

DOROTEA.- Y los extranjeros, aparte de los de Bayona, otros paletos. ¡Mira que un periodista inglés que cayó por aquí y después fue contando en los periódicos de Londres que todas las mujeres españolas íbamos por la calle vestidas de novia, con un cura al lado y tocando las castañuelas...! ¡Pero qué desgraciados! (Se levanta y va de nuevo hacía la balaustrada.) ¡Uy! ¡El barquito! ¡Qué lejos está ya! ...

JUAN.- Es que va andando muy deprisa.

DOROTEA.- Los barcos no andan. Navegan. No sea usted ignorante.

JUAN.- (Acercándose a ella.) Perdona...

DOROTEA.- Está perdonado.

JUAN.- Oiga... Y dígame... Si está usted bien de la cabeza, ¿por qué va usted vestida así...?

DOROTEA.- Ya se lo he dicho. Porque me dejó mi novio plantada Cuando ya iba a ir para el altar.

JUAN.- Pero eso les ha pasado a otras y después se han puesto un traje sastre.

DOROTEA.- Porque no tendrían dignidad ni amor propio. Ni porque serían unas rebeldes como lo soy yo.

JUAN.- ¡Ah! No sabía.

DOROTEA.- Pues, sí; lo soy. Y mucho. Pero lo malo es que a cuenta de esta rebeldía, no sólo estoy haciendo el ridículo, sino que lo estoy pasando fatal.

JUAN.- No me extraña.

DOROTEA.- ¿Y sabe usted por qué?

JUAN.- Ni idea.

DOROTEA.- Pues porque está demostrado que la rebeldía no si1've para nada. Que los gestos heroicos no los comprende nadie. Y que la originalidad está llamada a desaparecer. Y que han ganado ellos. Los conservadores...

JUAN.- Ya.

DOROTEA.- Usted no entiende una palabra, ¿verdad?

JUAN.- Pues más bien poco. ..

DOROTEA.- ¿Quiere usted que nos sentemos juntos?

JUAN.- Con mucho gusto.

DOROTEA.- Vamos entonces a ese banco... (DOROTEA se sienta en el banco de la derecha y JUAN se sienta al lado. Y cuando ella empieza a hablar; por la izquierda, al fondo aparece JOSÉ RIVADAVIA. Unos cuarenta años. Viste con desaliño y quizá le haga falta un afeitado. Sin embargo, bajo su aspecto descuidado se adivina que no es ningún cualquiera. Desde detrás mira a la pareja, que no se da Cuenta, y Se queda quiero, escuchando. Y después de oír un rato, desaparece por la derecha.) Pues se lo voy a explicar a usted. Cuando me dejó mi novio plantada, por culpa de los chismes del pueblo, yo quise tener un gesto valiente y heroico. Y fui y me dije: "Conque mi novio me ha dejado y ahora todo el mundo se va a reír de mí, ¿verdad? Pues nada de eso. La que me voy a reír soy yo". Y salí así vestida a la calle para buscar otro novio y casarme con él en la iglesia, en donde nos estaban todos esperando... Creo que la cosa no puede ser más normal...

JUAN.- Desde luego.

DOROTEA.- Conque así vestida me voy a la calle Real, que aquí es una especie de mercado persa donde se negocian los amores, y como no había nadie porque era muy temprano y estaba lloviendo, se me ocurre entrar en la casa de Dionisio, que es un pretendiente que yo tuve que se quería casar conmigo para ampliar su tienda. Y voy y le explico lo que me ha pasado, y le propongo que se ponga un traje oscuro y que se venga conmigo a la iglesia para casarnos. Y él va, me mira así, un poco atónito, y dice: "Hombre, el caso es que así, tan de repente... Además, hoy por la mañana tengo citado en la tienda a un comisionista de Sabadell...". Total, disculpas. "Bueno, pues no te preocupes le digo yo – ya encontraré otro." Y hala, otra vez a la calle Real. Y así otro, y Otro, y nada. Que todos se creían que me había vuelto loca y lo que querían era escurrir el bulto. Y mientras tanto, en mi Casa, consejos familiares... Amigas que entraban y salían. Papá con una congestión. La tía dando vinagre a todo el mundo... El cura. El alcalde... Las fuerzas vivas. Y yo, erre que erre. Que no me quito el vestido. Que lo había jurado, y que no. Y llegué a casa muy tarde, sin haber encontrado ningún plan. Cansada, derrotada...Y con todo el pueblo frente a mí.

JUAN. Me lo figuro.

DOROTEA.- Pero lo gordo no fue esto. Lo gordo ocurrió al día siguiente.

JUAN.- ¿Ah, sí? ¿Por qué?

DOROTEA.- Pues porque al día siguiente surgió el gran problema dentro de mi cabeza. Al despertarme, yo me dije: "Bueno, ¿me pongo el vestido otra vez, o no me lo pongo?" Porque claro, si al día siguiente yo me pongo una faldita y una blusa y me voy a la calle normalmente, o me quedo en casa llorando, ¿para qué me había servido mi gesto heroico del día anterior? Pues para nada. Para hacer más el ridículo todavía. Y entonces yo pensé que lo que hacía falta era seguir para que tuvieran presente la injusticia que habían cometido con sus comentarios y con sus críticas. Y para ser el fantasma de su conciencia. ¿Le gusta esta frase?

JUAN. Mucho.

(Y por la derecha del foro, aparece de nuevo RIVADAVIA, que vuelve a repetir el juego, y desaparece por el mismo término.)

DOROTEA.- Conque fui, y ¡hale! A plantarme otra vez el vestido de novia y a la calle a pasear. Y de nuevo el escándalo, las risas, los llantos y el jaleito... Y al día siguiente, igual. (Se levanta. Va a la balaustrada.) Mi padre, al mes, murió. Y yo seguí. A la fuerza, pero seguí. Es como esas bromas que se gastan en Carnaval con una nariz postiza y un bigote que no sabe uno como terminarlas. Era una cuestión de amor propio, de cabezonería, de niña mal criada... Era el problema de quién se ríe de quién. Del más fuerte. De ver quién puede más. Pero no encontré a nadie que se quisiera casar conmigo en aquellos primeros días, y ellos ganaron y yo perdí... Porque ya no puedo volverme atrás, ¿comprende?

JUAN.— Más o menos.

DOROTEA.- De todos modos estoy cansada, porque son muchos meses ya... Y todavía si no lloviese... Pero con el clima de este pueblo, ir vestida así... (Se queda escuchando.) ¿No se da cuenta cómo cambia el viento? Cuando viene del Nordeste se oye la música de la verbena... Cuando cambia al Sur, deja de escucharse...

JUAN.- Dígame una cosa, y usted perdone. .. ¿Y cómo es que desde el principio no la encerraron?

DOROTEA.- Porque soy la más rica del pueblo y mi padre era el cacique y además tuvo que pagar una multa de cien pesetas por escándalo público. Comprenderá usted que Si fuera pobre, a estas alturas me estaría pudriendo en una mazmorra.

JUAN.- De todos modos, aún está a tiempo de quitarse esos trapos.

DOROTEA.- Hasta que me case, no puedo. Porque no le he dicho a usted lo principal. Y es que le hice esta promesa a mi pobre padre, que en paz descanse... Que se lo juré... Y yo tengo que cumplir este juramento...

JUAN.- Pero puede usted casarse...

DOROTEA.- Ya no. El que a estas alturas se casara conmigo, sería por lástima y así no quiero... Y además, ¿quién es el valiente que se casa con la tonta del pueblo?

JUAN.- Usted dice que no lo es.

DOROTEA.- De eso precisamente es de lo que yo no estoy muy segura. Porque esto que le acabo de contar, a lo mejor es una justificación que yo misma me he buscado para convencerme y disculparme. Pero quién sabe si la verdad es que soy una histérica perdida. Y que lo que acaba de oír es la historia de una tonta contada por su protagonista...

(Entra ROSA por la izquierda.)

ROSA.- ¡Señorita Dorotea!

DOROTEA.- Hola, Rosa...

ROSA.- ¿Qué hace usted aquí? La he estado buscando por todas partes.

DOROTEA.- Le estaba contando mi vida a este señor... ¿Cómo se llama usted?

JUAN.- Juan.

DOROTEA.- (Presentando.) Pues éste es Juan y ésta es Rosa...

ROSA.- Encantada...

JUAN.— Encantado...

ROSA.- Hace ya un poco de fresco, seño1ita... Debe volver a casa...

DOROTEA.- No, hija. Que es muy temprano.

ROSA.- Su tía ha preguntado por usted. Y es la que me ha mandado a buscarla...

DOROTEA.- Bueno, pues que espere...

ROSA.- ¿No comprende que esto no puede ser? Han venido forasteros a la verbena... Pueden meterse con usted...

DOROTEA.- Este señor es forastero y no se ha metido... ¿Verdad que no?

JUAN.- No hay ningún motivo para que lo hiciera.

DOROTEA.- ¿Lo estás viendo?

ROSA.- Pero, señorita... De todas maneras...

DOROTEA.- Hija, Rosa, déjame en paz... Y espérame aquí mientras yo vuelvo.

ROSA.- ¿Pero adónde va?

DOROTEA.- A dar una vuelta...

ROSA.- ¿La acompaño?

DOROTEA.- No, Rosa, quédate aquí y después te recojo. Ya sabes que me gusta ir sola para demostrar a todos que soy valiente, que no tengo miedo. Que no me importan los prejuicios ni el qué dirán. Adiós, caballero. Y muchas gracias por haberme escuchado. Es usted muy gentil.

(Y DOROTEA hace mutis por la izquierda. Cuando Se ha ido, ROSA, que se ha sentado en el banco de la izquierda, Se dirige a JUAN)

ROSA.- ¿Por qué has venido aquí?

JUAN.- He venido a dar una vuelta. A descansar un rato.

ROSA.-¿Y por qué hablabas con ella?

JUAN.- Yo estaba aquí sentado, ella llegó y se puso a hablar. No la iba a dejar con la palabra en la boca... Además no creo que tenga importancia, Rosa., (Y se sienta junto a ella.)

ROSA.- Sí la tiene. Porque ahora mismo, al llegar y veros juntos, no sabía qué hacer. Si decirle, o no, que nos conocíamos... ¿Le has dicho tú algo?

JUAN.- No. ¿Por qué iba a decírselo? Ya que tú no quieres...

ROSA.- Es que me da no se qué contarle, lo nuestro... Claro que ella no diría nada, ni me reñiría... Al contrario. Siempre me está diciendo que me eche novio y que me case... Pero estando así, me da pena... ¿Qué te ha contado?

JUAN.- Su historia. Lo que más o menos me habías dicho tú...

ROSA.- ¿Y qué piensas de ella?

JUAN.- ¿Qué quieres que piense? A veces no sabe uno si habla en serio, o lo echa todo a broma. Pero la verdad es que está como una regadera... ¿no crees tú igual?

ROSA.- Yo no sé explicarme, porque todo esto de la gente es un laberinto. Y no tengo cultura. Ni sé por qué razón las personas son de un modo o de otro, O hacen esto o aquello... Lo único que sé es que es buena conmigo. Y que en el fondo sólo me tiene a mí, porque las amigas, poco a poco, han ido dejándola de saludar... Siempre la tuvieron rabia, pero ahora, después de esto, aún la tienen más...

JUAN.— Pero ella es rica, ¿no?

ROSA.- Ya te lo dije. Medio pueblo es suyo. Y las carnicerías. Y el estanco. Y la fonda de la estación, en donde ahora vivimos...

JUAN.— Pues con todo ese dinero puede buscarse otra persona que la cuide.

ROSA.- (Se levanta. Va a la balaustrada.) No necesita cuides... No está enferma. Sólo necesita compañía y cariño y alguien que la comprenda. Y yo la comprendo y nos llevamos bien.

JUAN.- ¿Qué hacemos entonces?

ROSA.- ¿Hacer? ¿De qué?

JUAN.- De lo nuestro.

ROSA.-¿Y qué es lo nuestro?

JUAN.- ¿Qué va a ser? Yo quiero seguir estas relaciones. Pero en plan serio.

(Y se acerca a ella.)

ROSA- ¡Ay, qué risa!

JUAN.- ¿Risa de qué?

ROSA.- ¡Pero si sólo hace tres días nos conocemos! Y en estos tres días sólo hemos hablado un rato por las noches...

JUAN. - Hemos hablado y nos hemos besado...

ROSA.- Pues vaya una cosa. No tiene importancia. En los pueblos se besa mucho.

JUAN.- Y por lo visto, bien.

(Y la toma por la cintura.)

ROSA.- Aprendemos a la salida de la carretera, al oscurecer... Al aire libre siempre, para que no haya peligro... A mí me han dicho que en París, por ejemplo, no se besa tanto. Como todo el mundo tiene tanta prisa y tanto negocio, y hay que tomar el tranvía y el metro, pues no tienen tiempo para eso... Aquí nos sobra... Y lo empleamos en besar...

JUAN.- Me gustas mucho, Rosa. Y quiero casarme contigo. Y que nos vayamos a Madrid...

ROSA.- No. Déjate de casorios. Ni de Madrid. Además, tú te irás del pueblo cuando terminen las fiestas y la verbena acabe. Y ya no volveré a verte, como a tantos otros pretendientes que me han cortejado. Y es mejor así, ¿comprendes?

JUAN.- Eso quiere decir que me das calabazas.

ROSA.- No son calabazas... Mientras estés aquí, nos veremos por las noches en la verbena, como estos días que llevamos viéndonos... Y tú me invitarás a la noria y yo Subiré y charlaremos y nos reiremos juntos. Y ya está. ¿Para qué más? ¿No te parece? Me caes simpático y me gusta besarte. Pues nos besamos y asunto concluido". ¿Para qué meterse en laberintos?

JUAN.- Pero oye, Rosa. Eso no es concretar, hija. Vamos a hablar en serio.

ROSA.- Ahora no. Ahora me voy a buscarla. ES ya muy tarde. Y no me gusta que ande sola por ahí. Y además he decidido contarle esto nuestro, porque no me gusta engañarla. No lo he hecho nunca y no sé por qué razón lo voy a hacer ahora...

JUAN.- (Deteniéndola para que no Se vaya.) ¡Pero oye! ¡Escucha!

ROSA.- No, no quiero escuchar nada... Tengo prisa...

JUAN.- Pero antes de irte, dame un beso.

ROSA.- Sí, eso sí. (Se besan.) ¿Te gustó?

JUAN.- Mucho.

ROSA.- Y a mí. Adiós.

JUAN.- Adiós...

(Y ROSA hace mutis por la izquierda. JUAN Se queda mirando por este término. Y por la derecha entra José RIVADAVIA, que Se aproxima a JUAN y también la mira marchan)

JOSÉ.- Está muy rica.

JUAN.- Sí que lo está, sí.

JOSÉ.- Y además, cariñosa.

JUAN.- Mucho. ¿Escuchó usted antes?

JOSÉ.— ¿A la señorita?

JUAN.- Sí.

JOSÉ.- Algunos retazos.

JUAN.- ¿La vio usted?

JOSÉ.- Sí. Y creo que ella a mí.

JUAN.- ¿Cuándo?

JOSÉ.- Al pasar por aquí. De refilón.

JUAN.- Bueno, ¿y qué?

JOSÉ.- Y qué, ¿qué?

JUAN.- ¿Que qué dice usted, don José?

JOSÉ.- No lo sé, Bermúdez.

JUAN.- ¿Cómo que no lo sabe? El asunto no puede ser mejor. Medio pueblo es suyo. La fonda. Las carnicerías... Cabezas de "ganao"...

JOSÉ.- Sí, eso sí...

JUAN.- Y ella, ya lo ha visto usted... Como una cabra... Chiflada perdida.

JOSÉ.— No.

JUAN.- ¿Cómo que no?

JOSÉ.- Que no, Bermúdez. Habla normalmente. Expone sus razones. Se ríe de ella misma. Con amargura, pero se ríe. Yo creo que de tonta no tiene ni un pelo...

JUAN.- ¿Pero lo va usted a dudar aún?

JOSÉ.- Por lo que he observado, se hace la tonta; pero no lo es. Ahora bien... ¿Por qué se hace la tonta? ¿Qué pretende con eso? ¿Qué oculta? No lo sé, Bermúdez. Aquí hay una incógnita.

JUAN.- Mire usted, don José: no diga cosas raras, que yo la vengo observando desde que caí en este pueblo... Y he sonsacado a la muchacha. Y a los vecinos. Y ya ha oído usted la conversación que he tenido con ella. Está de remate, que se lo digo yo... ¿Cree usted que de lo contrario le hubiera hecho venir de Madrid para proponerle este negocio? Lo que aquí hace falta es inventar algo, porque esta gente de los pueblos es muy desconfiada. Pero yo estoy seguro que a usted se le ocurrirá alguna estratagema.

JOSÉ.- Y si el asunto es bueno, como dices, ¿por qué en lugar de hacerle el amor a la muchacha no se lo has hecho a ella?

JUAN.- Porque yo no tengo clase para eso, don José. Aquí hace falta una persona con la labia que tiene usted... Con Su arte... Con sus facultades... Y con su facha...

JOSÉ.- (Después de quedársele mirando.) ¡Pensar que tú, Bermúdez, el que ha sido representante de mi gran compañía de zarzuelas y operetas, vayas por los pueblos con un "tío-vivo" y te dediques a conquistar a las mozas del servicio doméstico!...

JUAN.- ¡Y qué le vamos a hacer, si empezamos a no gustar!...

JOSÉ.- (Indignado.) ¡Calla! ¡Eso no se dice!

JUAN.- (Sumiso.) Sí, señor.

JOSÉ.— ¿Y que yo, el gran barítono José Rivadavia, con Compañía propia durante dos temporadas seguidas, lleve parado cuatro años, y que todo lo que me proponga mi representante por Conferencia telefónica es que me venga a un pueblo a casarme con una señorita cuyas facultades se ponen en duda... ¿No es para clamar al cielo y echarse a llorar? ¿Qué he hecho yo, Bermúdez, para llegar a estos extremos?

JUAN.- Vamos, don José, no se deprima. Yo pensé que esto le podría interesar... No se va a pasar toda la vida en el café hablando de La viuda alegre".

JOSÉ.- Yo lo que quiero es trabajar honestamente. Volver a lo mío. Yo no Soy ningún pillo, aunque últimamente me haya tenido que ganar la vida a trompicones...

JUAN.- Es que si esto sale bien, podemos empezar de nuevo. Porque aquí hay dinero de verdad...

JOSÉ.— Pero ella no es tonta, Bermúdez. Una parte de lo que cuenta puede ser cierta. Pero hay algo que oculta a todos. Un misterio. Un pasado". Algo que no sé lo que es, pero que existe.

JUAN.- Lo que le pasa a usted es que, de representar tanta opereta, ya le parece todo natural. Porque llevar siete meses así vestida, sólo porque pilló una rabieta...

JOSÉ.- Te digo que puede haber otras razones...

JUAN.- ¿Cuáles?

JOSÉ.- Una de ellas, que quisiera muchísimo a su novio. Al que la dejó. Y que no quiera volver a casarse. Y que por eso vaya así, de mamarracho. Todo su aspecto es el de una romántica perdida... ¡La última romántica! Y cuyo romanticismo quiere esconder bajo ese disfraz con el que va vestida...

JUAN.- Usted complica demasiado las Cosas, don José...

JOSÉ.- También pueden existir otras razones. En estos pueblos hay muchos intereses. Mucho egoísmo". ¿Cómo la familia no le dio una paliza cuando se vistió así el primer día? ¿Cómo no se pudo impedir desde el primer momento el haber llegado a esta situación? Por otra parte,

Bermúdez, el asunto no es fácil. Por derecho no se puede entrar. Yo no puedo presentarme a ella y decirle: "Me gusta usted mucho. Quiero casarme con usted".

JUAN.- Claro, eso no; ya se lo he dicho.

JOSÉ.- Como nosotros, habrá habido otros sinvergüenzas que también se habrán querido aprovechar...

JUAN.- Eso, desde luego. Y Rosa me ha dicho que ya han despachado a bastantes.

JOSÉ.- Por eso mismo hay que idear un truco, algún recurso para que pique. Pero no sólo ella, sino la familia, el alcalde, el cura y el pueblo entero... Y además, Bermúdez, hay que casarse con ella de verdad. Por la Iglesia. Como Dios manda. Nada de bromas.

JUAN.- Sí, claro.

JOSÉ.- Y después, ¿qué?

JUAN.- Eso es lo más fácil. Después o antes, usted le dice que hay que poner todo el dinero y los bienes y las casas a su nombre. Y pasado un tiempo prudencial para que no choque, vende usted todo bajo cuerda, y a Madrid a disfrutarlo. O a formar compañía otra vez...

JOSÉ.- ¡Pero eso es una canallada, Bermúdez!

JUAN.- Sí, ya lo sé. Pero ¿qué le vamos a hacer si el género lírico está en crisis...?

JOSÉ.- ¿Y tú qué piensas hacer? ¿Casarte con la otra?

JUAN.- Si no hay otro remedio para la conveniencia del negocio, pues me caso. Con después largarme con usted, asunto concluido...

JOSÉ.— Dime una cosa, Bermúdez. ¿Cuándo ibas conmigo de representante, también eras igual de sinvergüenza?

JUAN.- Por un estilo.

JOSÉ.- No me extraña entonces que quebrásemos.

JUAN.- Bueno, don José, en resumidas cuentas...

JOSÉ.— No lo sé. Lo pensaré... Pero necesito regresar a Madrid y volver luego... Porque hay que ganársela por las buenas, románticamente, como ella se merece.

JUAN.- Entonces lo ve usted en plan de negocio, ¿no es verdad?

JOSÉ.— De momento lo veo en plan de salvar a una mujer... Porque no olvides que ahí está el mar... Y no me gustó nada su manera de mirar al mar. ¿Tú puedes prestarme cuarenta duros para los primeros gastos?

JUAN.- (Que estaba mirando hacia la izquierda.) Sí; pero vámonos, porque creo que vuelven.

JOSÉ.— ¿Y a qué vuelven?

JUAN.- No lo sé.

JOSÉ.- Pues no pueden vernos juntos de ninguna manera. Vámonos...

JUAN.- Por aquí, don José...

(Y hacen mutis por la derecha. La música de la verbena se escucha ahora más fuerte. Y por la izquierda aparece ROSA, seguida de DOROTEA.)

ROSA.- ¿Ve usted como no hay nadie?

DOROTÉA.- Pues cuando me volví antes, le vi aquí, en este sitio, hablando con otro. Y tenía curiosidad por saber quién era.

ROSA.- A lo mejor algún amigo. Él es de Madrid. Y hay muchos forasteros en las fiestas...

DOROTÉA.- Entonces, ¿es verdad que te gusta ese chico?

ROSA.- Sí. No está mal. Es simpático... El "tío-vivo" es suyo, y me ha dicho que, si le hago caso, lo vende, y con el dinero que le den nos casamos...

DOROTÉA.- Pues dile que sí inmediatamente". Y que yo os ayudo en lo que haga falta.

ROSA.- Pero es que la otra chica que estuvo conmigo en la verbena me aconsejó que no le hiciera caso. Que no me convenía. Que a lo mejor era un golfo...

DOROTÉA.- Tú no hagas caso de nada de lo que te digan tus amigas. De nada ni de nadie. Si te gusta, no lo pienses más. Sigue con él, hija. Y cástate. Pero marcharos de este pueblo... Y Cuanto antes, mejor.

ROSA.- ¿Pero a qué viene eso, señorita? '

DOROTÉA.- Porque aquí te harán daño, como a mí me lo han hecho.

ROSA.- Usted Se lo ha buscado todo por capricho... Porque ha querido...

DOROTÉA.- (Después de una pausa.) ¡Si tú supieras!...

ROSA.- ¿Él qué voy a saber?

DOROTÉA.- Muchas cosas. Pero son Cosas de las que no quiero hablar, ¿comprendes? No me gusta. Y a pesar de todo quiero olvidarlas.

ROSA.- No la entiendo.

DOROTÉA.- (Mira el mar) Ya vuelven los barcos de la pesca.

ROSA.- Sí.

DOROTEA. - (Se ha quedado escuchando.) ¿Oyes? Es bonita la música de la verbena, ¿verdad? Parece que nos llama con prisa, con urgencia, como dando gritos.

ROSA.— Pues vamos, si usted quiere.

DOROTEA.- No. Hoy, no.

ROSA.- ¿Por qué?

DOROTEA.- Hoy, no sé por qué, me da vergüenza ir vestida así y que me vean.

ROSA. - (Con ilusión.) Pues vamos a Casa. Se cambia usted de vestido y salimos después. Y vamos a la feria y montamos en el "tío-vivo". Y en el otro carrusel que hay... Y tomamos cerveza o gaseosa, y hablamos con todas las demás. .. Y con Juan también... Y nos reímos... Y después, todo ya pasó...

DOROTEA.- No puedo, Rosa, hice un juramento... Anda, vámonos de aquí.

ROSA.- ¿Pero adónde vamos, señorita?

DOROTEA.- Hija, donde siempre. ¿Adónde quieres que vayamos? A dar nuestra vuelta de costumbre por la Calle Real.

(Y se dirigen despacio hacia la derecha, mientras la música de la verbena Crece de volumen. Y lentamente cae el

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Cantina en la fonda de la estación. A la derecha, en primer término, una puerta sobre la cual hay un rótulo en el que se lee: " Paso a la fonda". En segundo término, un mostrador y, detrás de él, en la pared, unas repisas con botellas. En el paño del foro una gran puerta de dos hojas que da paso al andén, y a través de cuyos cristales, con visillos blancos, vemos, en un momento determinado, las luces de uno de los trenes que pasan. A la izquierda, en el centro, otra puerta más, también con visillos, por la que se sale al exterior, Sin tener que pasar por el andén. Repartidas por la escena, tres o cuatro mesas con sus correspondientes sillas. Dos de estas mesas están colocadas en primer término; una a la izquierda y otra a la derecha. Maceteros con tiestos, perchas de metal y algunos carteles en las paredes anunciando aguas minerales y aperitivos. Y un gran reloj redondo, en cualquier lugar. Son las siete y cincuenta de la tarde — según marca el reloj- y empieza a anochecer.

Al levantarse el telón, y sentadas a la mesa de la izquierda, vemos a INÉS, BENITA y REMEDIOS, muy serias y muy tiesas, en actitud de esperar a alguien. Las tres llevan paraguas. Se oye sonar el viento! Los visillos Se mueven. Y pasado un instante, INÉS estornuda.

INÉS.- ¡Achísss!

REMEDIOS.- Jesús.

INÉS.- Gracias.

REMEDIOS.- De nada.

INÉS.- Lo pesqué.

BENITA.- Con este tiempo no me extraña.

INÉS.- Y eso que llevo camiseta.

REMEDIOS.- Yo también, pero eso aquí no hace nada. Sobre todo al empezar ya la primavera... (Y suena brillantemente la Campana de la estación.)

BENITA.- ¿Pasa algún tren ahora?

REMEDIOS.- (Mirando el reloj de pared.) No. Hasta las veinte y quince no pasará el correo.

INÉS. ¿Entonces esa campana que ha sonado?

REMEDIOS.- La del andén.

BENITA.- ¿Y por qué toca?

REMEDIOS.- No toca. Es que la menea el viento.

INÉS. Pues vaya un movimiento, hija...

BENITA.- Es que hay que ver el viento que está haciendo.

REMEDIOS.- Del Noroeste.

BENITA.- Como que hoy, en casa, Se nos voló mi hermano.

INÉS.- ¿Otra vez, Benita?

BENITA.- Otra vez.

REMEDIOS.- ES que no Sé cómo le dejáis asomarse al balcón, siendo tan canijo.

BENITA.- Bueno, también lo es tu padre y le dejáis sacar agua del pozo.

REMEDIOS.- ES mamá quien le deja. Pero a mala idea, que ya sabéis que nunca le cayó simpático.

INÉS. Eso, desde luego. Y que, además, tu madre siempre ha tenido muy malos instintos.

REMEDIOS.- La humedad, que la enerva.

INÉS. ¿Y se ha hecho mucho daño el niño?

BENITA.- No sabemos. Fue tan fuerte la ráfaga, que no se le ha encontrado todavía.

REMEDIOS. -¿Igual que le ocurrió al anterior?

BENITA.— Igual, hija, una pena...

(Y ahora, dentro suena un pito estridente.)

INÉS. ¿Y ese pito? ¿También es del viento?

REMEDIOS.- No. Es de una cafetera que tienen en la fonda.

INÉS.— Pues qué lío de estación. Un día va a ocurrir una catástrofe.

BENITA.- Desde luego.

(Y mira el reloj.)

INÉS. Claro que sí.

(Y hace lo mismo.)

REMEDIOS.- Como veis, nos están haciendo esperar aposta.

INÉS. A mala intención.

REMEDIOS.- Porque mucho público no creo que tengan.

INÉS. Con este día, figúrate. En la fonda no debe haber ni un gato.

BENITA.- Ya sabes que el que había murió envenenado.

REMEDIOS.- Sí; un día que en un descuido probó del menú.

INÉS.- Y luego dicen que los trenes pasan con retraso".

BENITA.- Lo que ocurre es que por esta vía no pasa ningún tren hasta que el maquinista ve la fonda cerrada.

REMEDIOS.- No sea que a los viajeros se les ocurra tomar alguna cosa y haya accidentes...

INÉS.— Pues ya verás como nos dicen que la tienen toda llena de gente.

BENITA.- Yo lo que creo es que se deben oler a lo que venimos y están asustadas.

INÉS.- Es que es para estarlo. ¡Menuda papeleta!

BENITA.- La papeleta que se merecen.

INÉS.— Pues a mí, en el fondo, me da lástima.

BENITA.- No te hagas la sensible, porque nos estamos jugando la felicidad.

REMEDIOS.- Y nuestra felicidad no es cosa de broma, Inés.

BENITA.- ¡Y hay que defenderla, cueste lo que cueste!

REMEDIOS.- ¡Y pese a quien pese!...

(Entra ROSA por la puerta de la fonda. Lleva una bandeja en la mano y, sobre el vestido, un delantalito de camarera... Va hacia el mostrador maneja una palanca. Las luces se encienden y busca una botella y unos vasos, mientras habla.)

ROSA.- Dice que ya viene.

REMEDIOS.- Gracias.

ROSA.- De nada. Y que la perdonen si las están haciendo esperar tantísimo tiempo.

BENITA.- Que no se preocupe.

INÉS. Ya suponemos que estará muy atareada, ¿verdad?

ROSA.- ¡No, que va... Si no tiene nada que hacer! Ahora se está terminando de atusar para irse a la calle. Y me ha dicho que mientras tanto, que si quieren ustedes tomar algo, que están invitadas... Y les voy a poner unas copitas de moscatel.

REMEDIOS.- ¡No, no! ¡Muchas gracias! Preferimos no tomar nada aquí.

BENITA.- ¡No debes molestarte!

INÉS.- ¡De ninguna manera!

ROSA.- (Mostrándoles una botella que va a abrir) No tengan ningún miedo. Es moscatel legítimo, y voy a abrir la botella para ustedes... Miren... Precintada. ¿Se quedan ya tranquilas?

BENITA.- Bueno, siendo así...

ROSA.- (Mientras abre la botella.) Este no es del que damos a los viajeros. Ni hablar. ¿Pero para qué les vamos a dar una cosa buena, si se van y no vuelven? Porque no vuelven, ¿eh? Nunca he visto ninguno repetido. Llegan, bajan, piden, estornudan; pasan dos minutos, Suena el pito y se van y adiós... Y no se les ve más... Como si se los hubiera tragado la tierra... (Les sirve el vino.) Ya verán qué rico... Este no hace daño.

INÉS.- Gracias...

BENITA.- Gracias.

REMEDIOS.- ¿Y tu novio? ¿Qué tal?

ROSA.- Muy bien. En su "tío-vivo"... ¡Venga a dar vueltas!

BENITA.— Estarás muy contenta.

ROSA.- Sí que lo estoy, sí. Es un novio muy majo. Y ya tenía yo ganas de tener un novio de verdad... A ustedes les pasaría lo mismo, ¿no?

INÉS. Pues puede ser.

REMEDIOS.- ¿Y viene a casarse, o a lo de siempre?

ROSA.- Él dice que a las dos cosas. Primero una y después la otra.

BENITA.— Eso dicen todos. Pero quieren empezar por lo de siempre.

ROSA.- Bueno, tampoco es tan grave. El orden de factores no altera el producto.

REMEDIOS.- Pues ten cuidado, no sea que al producto tengas que darle teta.

ROSA.- Siempre hay que dar de lo que se tiene. Sobre todo cuando a una le sobra. Y eso, claro, no todas lo pueden decir; porque hay mucho déficit... Bueno, pues que les aproveche... Y hasta otro ratito. (Y hace mutis por la puerta de la derecha.)

INÉS. Pues, mira, yo creí que iba a estar más impertinente...

BENITA.- No, hija. Habrás visto que con nosotras no se atreve...

REMEDIOS.- De todos modos, desde que tiene novio está muy engreída.

INÉS. ¿Y doña Rita está al corriente?

REMEDIOS.- Pues claro. Si entra en la casa y todo... ¿No te digo que se van a casar?

BENITA.- Pues la muchacha es mona. Pero, vamos, no es para tanto...

INÉS. No sé ese chico lo que la habrá encontrado.

REMEDIOS.- Pues, a lo mejor, eso que se busca.

BENITA.— No lo creo. Rosa es besucona, pero de ahí no pasa.

(Y entra DOÑA RITA por la puerta de la derecha. De negro, con abrigo, y como preparada para salir. Las tres amigas se levantan.)

DOÑA RITA.- Buenas tardes...

LAS TRES.- Buenas tardes.

DOÑA RITA.- ¡Qué alegría! ¡Pero qué satisfacción volver a verlos por aquí, después de tanto tiempo!...

REMEDIOS.- Pues ya ve, aquí estamos...

BENITA.- También nosotras nos alegramos mucho de verla...

DOÑA RITA.- ¡Muchas gracias! ¿Y tu papá, Inés? ¿Siempre tan malito?

INÉS.- Sí, señora. Siempre lo mismo.

DOÑA RITA.- Qué lástima, ¿verdad? Para eso, sería mejor que Dios se acordase de él. Y ya, de paso, de su hermana...

INÉS.- ¡Pero si mi tía está divinamente!

DOÑA RITA.- Bueno, yo lo digo para que fuese acompañado, el pobre...

INÉS.- Sí, Sí, claro... Desde luego.

DOÑA RITA.- ¡Ah, Beni! Ya me han dicho que otra vez habéis aprovechado que tu hermanito estaba en el balcón para empujarle...

BENITA.— Ha sido el viento, doña Rita.

DOÑA RITA.- ¡Pero cuidado que es mala la gente! Pues todo el mundo dice que los vais empujando uno por uno...

BENITA.- Habladurías, ya sabe usted...

DOÑA RITA.- Bueno, ¿y qué? La chica me ha dicho que me queréis hablar...

REMEDIOS.- Pues, sí. Se trata de una cuestión un poco delicada...

DOÑA RITA.- Sentaros entonces... No estéis de pie...

(Y RITA se sienta junto a la mesa de la derecha y las chicas hacen lo mismo.)

LAS TRES.- ¡Muchas gracias!

DOÑA RITA.- Pues vosotras diréis...

BENITA.- Esta mañana nos ha recibido el señor alcalde...

DOÑA RITA.- ¿Ah, sí? ¡Mira qué bien!

INÉS.- Hemos ido en comisión.

BENITA.— Formada por siete señoritas de la localidad...

REMEDIOS.- Y a la cabeza de las siete, Pepita Rodríguez, que es la presidenta.

INÉS.- Y ya sabe usted la fuerza que tiene Pepita Rodríguez.

DOÑA RITA.- Habrá tomado el hígado de bacalao, porque antes no podía ni con el botijo.

REMEDIOS.— No nos referimos a su fuerza física, ya que todas sabemos que es una flaca sin remedio, sino a sus influencias...

BENITA.- Porque, después de Dorotea, es la más rica de todo el pueblo.

REMEDIOS.-Y al finalizar la entrevista, el alcalde, que conoce nuestra buena amistad con Dorotea, ha delegado en nosotras para que vengamos a hablarla. A ella o a usted...

DOÑA RITA.- ¿Para decirme, qué?

INÉS.- Ante todo, el alcalde nos ha confirmado el programa de festejos que se prepara para la próxima temporada de verano, si el tiempo no lo impide.

REMEDIOS.- Y ya es seguro que no solo habrá fuegos artificiales y títeres con cabra, sino que también habrá cucaña.

BENITA.- Y baile en el Casino hasta la madrugada.

REMEDIOS.- Y en la calle Real van a poner hileras de bombillas de un balcón a otro... Una azul, otra verde y otra roja...

BENITA.- Y otra roja, otra verde y otra azul.

REMEDIOS.— Y así mucho rato.

INÉS.- ¡Figúrese qué efecto!...

REMEDIOS.— Y otras muchas distracciones que, por ser de tipo familiar y honesto, en consonancia con nuestro pueblo, se espera que llamen la atención no sólo del público de Madrid y Zaragoza, Sino de los países fronterizos. Y los forasteros acudan como moscas...

BENITA.- Teniendo en Cuenta, además, que hoy hemos empezado una novena pidiéndole a Dios que, por favor, no llueva... (A DOÑA RITA, que en este momento está distraída.) ¿Nos oye usted, doña Rita?

DOÑA RITA.- Yo, sí... Pero lo que es Dios... Porque hay que ver qué días llevamos.

INÉS.- ¡Pero esto pasará! ¡Y un día cualquiera, cuando menos se espere, lucirá el sol!

DOÑA RITA.- Bueno, ¿y qué más? Al grano.

REMEDIOS.— Pues, en resumidas Cuentas, que, de acuerdo con el alcalde, la comisión ha decidido poner fin a la vergüenza y al bochorno que la intolerable actitud de Dorotea está produciendo en nuestro pueblo.

BENITA.- Conducta que si al principio causaba risa, y piedad más tarde, ahora, pasado el tiempo, se ha convertido en indignación de chicos y grandes...

INÉS.- Ya que no sólo es ella la que se pone en ridículo, sino que pone en ridículo también a todas las muchachas solteras del pueblo.

REMEDIOS.- Porque su vestido blanco, paseando por la calle Real, tiene el mismo significado que ese cartelón que llevan los sin trabajo, en el que dice: "¡Queremos pan!", transformado aquí en "¡Queremos novio!"

INÉS.- Y con, esto pone en evidencia a las demás señoritas, que, aun necesitando ese novio, nos jorobamos sin decir ni pío.

BENITA.- Comprenderá usted que no se puede aguantar más esta carnalada...

REMEDIOS.- Es por el bien del pueblo, doña Rita.

INÉS.- Nuestra flota pesquera no tiene por qué pagar las consecuencias de unos amores contrariados...

DOÑA RITA.- Pero ella hizo una promesa, no olvidarlo.

REMEDIOS.- Fueron promesas hechas en un momento de arrebató y de ofuscación.

BENITA.- Además, la promesa consistía en ir a la iglesia y casarse con ese mismo vestido de novia. Y ya ha tenido oportunidades para hacerlo.

INÉS.- Hace cuatro meses un Señor del pueblo estaba decidido a casarse con ella.

DOÑA RITA.- ¡Pero era un vejstorio!

REMEDIOS.- No está en el momento de elegir.

BENITA.- Y luego hubo otro que también se sacrificaba.

DOÑA RITA.- (Se levanta.) ¡No es cuestión de sacrificios ni de monsergas!

Con todos sus defectos y todas sus manías, Dorotea es Dorotea. Y yo no puedo consentir que mi sobrina se case con un cualquiera para evitar al pueblo el sonrojo de su presencia. Es verdad que se han acercado muchos para aprovecharse de su dinero. Y otros, por compasión. ¿Pero quiénes eran, además? Pelagatos del pueblo, sin oficio ni beneficio. Y es mi Sobrina, y yo tengo que velar por ella. Y sacrificarme por ella, como lo estoy haciendo: trabajando sin cesar para defender sus intereses.

REMEDIOS.- Entonces, ¿no quiere usted ayudarnos?

DOÑA RITA.- No sé aún en qué consiste esa ayuda.

BENITA.- Al menos, en no dejarla salir de casa. Prohibiéndola que haga más el tonto por las calles.

DOÑA RITA.- Yo no puedo impedirlo. Ya la conocéis.

REMEDIOS.- Pues bien, doña Rita. Nos apena mucho decírselo, pero el alcalde ha decidido terminar con esto y no tolerar que Dorotea ande suelta más tiempo. Porque Dorotea, la pobre, está loca. Y por consiguiente, el alcalde hará todo lo necesario para encerrarla.

DOÑA RITA. - (Afligida.) Pero eso no puede Ser. ¡No es verdad!

BENITA.- Ya ha hablado con el gobernador civil de la provincia.

INÉS. - Y debe usted decirle a Dorotea lo que se ha decidido...

REMEDIOS.- Si está en su Sano juicio, quizá, se vuelva atrás...

BENITA.- Y no haya necesidad de llegar a estos extremos, que a todos nos apena...

REMEDIOS.- Debe Comprender que, para nosotras, no es un plato de gusto venir aquí con esta embajada". Porque somos sus amigas y la queremos...

INÉS.- Pero hay que hacer algo.

DOÑA RITA.- (Pensativa.) Sí, Claro; desde luego...

BENITA.- ¿Contamos con usted?

DOÑA RITA.- Yo le diré lo que sucede... Y volveré a insistir, como he hecho siempre, para que vuelva a la realidad". Pero si la pobrecita está loca, como dicen...

REMEDIOS.- Mañana volveremos para saber la contestación.

INÉS.- Y perdónenos usted, doña Rita...

DOÑA RITA.- Estáis perdonadas.

BENITA.- Y muchas gracias por todo...

DOÑA RITA.- Gracias a vosotras...

REMEDIOS.- Y yo creo que todo se podrá arreglar.

DOÑA RITA.- Por mi parte, haré lo posible.

INÉS.- En usted confiamos.

REMEDIOS.- Bueno, pues adiós.

BENITA.- Y le da recuerdos...

DOÑA RITA.- De vuestra parte.

(Las tres amigas han ido despidiéndose yendo hacia la puerta de la izquierda.)

INÉS.— Adiós, doña Rita.

DOÑA RITA.- Adiós, hijas, adiós...

LAS TRES.- Buenas noches.

DOÑA RITA.- Hasta mañana.

(Y hacen mutis. RITA Se queda junto a la puerta, viéndolas marchar; y por la derecha aparece DOROTEA, siempre con el mismo vestido y con unas flores en las manos.)

DOROTEA.- Eran mis amigas, ¿verdad?

DOÑA RITA.- (Cerrando la puerta.) Sí, tus amigas.

DOROTEA.- Me lo acaba de decir Rosa. ¿A qué han venido?

DOÑA RITA.- A ponerme al corriente de las fiestas que se preparan para esta temporada.

DOROTEA.- ¿Y a qué más?

DOÑA RITA.- A nada más.

DOROTEA.- Me hubiera gustado hablar con ellas.

DOÑA RITA.- ¿Para qué? Ya sabes la manía que te tienen.

DOROTEA.- De todos modos, ya que han venido aquí, me podías haber avisado. Y quizá otra vez nos hacíamos amigas, como lo éramos antes... Y hablábamos de nuestras cosas...

DOÑA RITA.- Más vale que en lugar de estar aquí, todo el día metida, salieses por ahí a dar una vuelta".

DOROTEA.- ¿A la calle?

DOÑA RITA.- Sí, claro... Como siempre, a pasear... A tomar el aire...

DOROTEA.- Hoy no se me apetece. No sé por qué, desde hace algunos días, me empieza a dar vergüenza de que me vea la gente...

DOÑA RITA.- ¡La gente! ¡La gente! ¡Cómo si a ti te importara algo la gente! ¿Qué haces con esas flores?

DOROTEA.- Las he cogido del jardín para adornar las mesas... El verano está muy próximo y hay que tener esto bonito para que los forasteros se animen y vengan. Ahora las pondré en unos búcaros y en cada mesa colocaré uno...

DOÑA RITA. - (Por los vasos que han dejado sobre la mesa de la izquierda.) ¿No te importaría recoger antes esos vasos de ahí?

DOROTEA.- No, tía, claro que no...

(Y deja las flores sobre una mesa y recoge el servicio.)

DOÑA RITA.- Yo voy a llegarme al estanco, en donde me está esperando Andrés para arreglar las cuentas semanales... Hoy tenemos mucho trabajo. Ahora le diré a Rosa que venga a hacerte compañía...

DOROTEA.- Sí, tía, como quieras.

DOÑA RITA.- (Yendo hacia la puerta de la derecha.) Hasta después, entonces.

DOROTEA.- Oye, tía...

DOÑA RITA. - (Se vuelve.) ¿Qué?

DOROTEA.- Y mis amigas... ¿Sólo han venido para hablarte de los festejos?

DOÑA RITA.- Sólo para eso. ¿Para qué otra cosa iban a venir?

DOROTEA.- Claro, es verdad... No hay ningún otro motivo para que vinieran a otra cosa... ¿Y Andrés?

DOÑA RITA.- ¿Andrés?

DOROTEA.- Sí, ¿cómo está?

DOÑA RITA.- Muy bien, Dorotea... Me ayuda mucho, ¿Sabes?... Si no fuera por él...

DOROTEA.- Claro, lo comprendo... Adiós, tía...

DOÑA RITA.- Adiós, Dorotea...

(RITA hace mutis por la derecha, mientras DOROTEA se ha metido detrás del mostrador - que oculta parte de su vestido y deja los vasos en cualquier lugar. Al salir su tía, queda pensativa, y en su gesto - una triste sonrisa - se ve que ha comprendido todo. Y en este momento se abre la puerta de la izquierda y aparece JOSÉ RIVADAVIA. Viene de chaqué y sombrero de copa, ambas prendas ya un poco usadas y deslucidas. Trae un maletín en la mano, tampoco muy flamante, y su expresión es sonriente, simpática y teatral.)

JOSÉ.- ¿Se puede entrar?

DOROTEA.- (Sorprendida al verle.) ¿Cómo?

JOSÉ.- Digo que si se puede entrar".

DOROTEA.- Sí, pase...

JOSÉ.- (Quitándose el sombrero para saludar:) Buenas noches, señorita.

DOROTEA. - Buenas noches, Señor...

JOSÉ.- ¿Es ésta la estación?

DOROTEA.- La cantina de la estación.

JOSÉ.- ¿Y sabe usted si tardará mucho en pasar el tren?

DOROTEA.- ¿Qué tren?

JOSÉ.- NO sé. Cualquiera. Uno... Un tren... El primero que pase.

DOROTEA.- Creo que el exprés debe estar al llegar.

JOSÉ.- (Ilusionado.) ¿Es posible?

DOROTEA.- Si, Señor. Al menos es su hora.

JOSÉ.- Nunca creí llegar con tanta oportunidad".

DOROTEA.- Pero el exprés no se detiene aquí... Pasa de largo... Como tantos otros...

JOSÉ.- ¡Mejor!

DOROTEA.- ¿Por qué mejor?

JOSÉ.- Porque yo sólo quiero ver pasar el tren y agitar mi pañuelo deseándoles a los viajeros un destino feliz. Ya que yo no lo soy, me gusta desear felicidad a todos los demás.

DOROTEA.- En ese caso, ese tren le conviene...

JOSÉ.- ¿Por dónde se pasa al andén?

DOROTEA.- (Señalando la del foro.) Por esa puerta. Sólo hay que empujarla.

JOSÉ.- ¿Para allá, O para acá?

DOROTEA.- Para acá...

JOSÉ.- ¿Así?

DOROTEA.- Así.

JOSÉ.- Muchas gracias, Señorita...

DOROTEA.- No hay de qué darlas, caballero.

JOSÉ.- Adiós.

DOROTEA.- Adiós. (Y JOSÉ hace mutis por la puerta del foro. DOROTEA sale corriendo de detrás del mostrador y se dirige a la puerta de la derecha.) ¡Rosa! ¡Ven en seguida! ¡Vamos, ven!

(Y entra ROSA.)

ROSA.- ¿Qué ocurre?

DOROTEA.- ¡Ha entrado un hombre!

ROSA.- ¿En dónde?

DOROTEA.- Aquí. Y luego ha salido al andén.

ROSA.- ¿Y qué hay con eso?

DOROTEA.- Pues que no es un hombre como los demás. ¡ES como yo! (Y se lleva un índice a la sien, como dando a entender que está también Chiflado.)

ROSA.- No entiendo.

(DOROTEA va hacia la puerta del foro y la entreabre.)

DOROTEA.- Mírale desde aquí. ¿Lo ves?

ROSA.- (Mirando.) ¡Un diputado!

DOROTEA. No, Rosa. Los diputados no sacan un pañuelo ni saludan a un tren que no ha pasado todavía.

ROSA.- No ha pasado, porque trae un retraso de diez minutos.

DOROTEA.- ¡Pero él saluda!

ROSA.- Sí... Y ahora viene hacia acá...

DOROTEA.- ¡Voy a esconderme, Rosa!

ROSA.- ¿A esconderse?

DOROTEA.- Aquí, detrás del mostrador. Antes no se dio cuenta de mi vestido y no quiero que lo note ahora. (Y vuelve a refugiarse detrás del mostrador JOSÉ entra de nuevo.)

JOSÉ.- Ya está. Ya pasó. Y aunque el tren iba demasiado aprisa, y apenas se veía a los viajeros, a todos les he deseado felicidad. Y así estoy tranquilo, pues ya es casi seguro que llegarán a su destino dichosos y contentos... (A ROSA que le mira embobada.) ¿Usted estaba aquí antes?

ROSA.- No, señor. He llegado ahora.

JOSÉ.- También le deseo felicidad...

ROSA.- Muchas gracias, Señor...

JOSÉ.— De nada, señorita... (A DORROTEA.) Es linda esta estación para ver pasar los trenes, ¿no cree?

DORROTEA.- Sí, es linda. Y se les ve pasar muy bien...

JOSÉ.- ¿Y a qué hora pasará otro?

DORROTEA.- Hasta mañana por la mañana no pasará el correo...

JOSÉ.— Si yo me pudiera quedar, me gustaría verlo... Porque como ya he despedido al ómnibus que me trajo hasta aquí...

ROSA.- ¿Ha venido usted en ómnibus?

JOSÉ.- Siempre voy a todas partes en carruajes de alquiler. De lo contrario, los chicos se meterían conmigo. Compréndalo.

ROSA. - Ya.

DORROTEA.- Pues aquí hay fonda... Si quiere quedarse...

JOSÉ.- ¿Pero hay habitaciones?

DORROTEA.- Claro.

JOSÉ. - ¿Libres?

DORROTEA.- Todas.

JOSÉ.- ¡No es posible!

ROSA.- ¿Por qué se extraña?

JOSÉ. - No me extraña que haya habitaciones libres, sino que estén libres para mí. Porque para mí, todas las habitaciones del mundo en todos los hoteles, están siempre ocupadas.

DORROTEA.- ¿Por qué?

JOSÉ.- No lo sé a ciencia cierta. Primero me preguntan si vengo a inaugurar algo... Un monumento, un pantano, una pequeña fuente... O a colocar una primera piedra... O a pronunciar algún discurso... Y Cuando les digo que no, se quedan sorprendidos... Después me preguntan Si he dejado a mi esposa en el coche y si vengo a pasar con ella la noche de bodas... Y cuando les respondo que mi noche de bodas las paso yo solo, llorando, hace ya mucho tiempo, se me cierran las puertas...

DORROTEA.— No comprendo el motivo, ¿verdad, Rosa?

ROSA.- Yo tampoco.

JOSÉ.- Quizá sea por la forma en que voy vestido...

DORROTEA.- Todo el mundo puede ir vestido como se le antoje...

JOSÉ.- La gente, sin embargo, tiene unas ideas muy concretas sobre la forma de vestir. Y piensan que si voy de chaqué es porque mis facultades mentales dejan mucho que desear, cuando la verdad es que si voy así, es porque me enterraron con este traje.

ROSA.- Entonces... ¿usted no está vivo?

JOSÉ.- Físicamente, sí, puesto que veo y ando y respiro. .. Pero yo morí con este traje puesto, a la puerta de una iglesia llena de flores, aquella tarde de verano, con un sol radiante, en que mi prometida no acudió a la cita que tenía conmigo...

(Y apenado por el recuerdo, va a sentarse a la mesa de la izquierda ROSA se aproxima a DORROTEA, que Continúa detrás del mostrador)

ROSA. — ¿Ha oído usted?

DORROTEA.- Sí, Rosa... ¡Un novio!

ROSA.- ¡Y va vestido y todo!

DOROTEA.— Como yo...

ROSA.- Tiene usted que hacer algo...

DOROTÉA.- ¿El qué?

ROSA.- No sé... Hablar con él... Y salir de ahí detrás... ¡Que la vea!

DOROTEA.- No me atrevo, Rosa...

ROSA.- Es su oportunidad, ¿no comprende? Yo me voy y les dejo... Iré a buscar a Juan... Y en todo caso, él podrá aconsejarnos...

DOROTEA.- Sí, Rosa.

ROSA.- Pero tardaré un rato, ¿sabe? Volveremos sin prisa, paseando... Para que así, ustedes, tengan más tiempo de charlar...

DOROTEA.- Sí. Tienes razón. Anda... Ve...

(Y ROSA va hacia la puerta de la derecha, y mira a JOSÉ y DOROTEA, y le dice a esta última.)

ROSA.- Y suerte, señorita... Mucha suerte...

(Y hace mutis.)

JOSÉ.- (Que se ha rehecho de su momento de melancolía.) ¿Se va su amiga?

DOROTEA.— Sí.

JOSÉ.- (Levantándose.) ¿Y no le da miedo quedarse sola con un hombre como yo? ¿No le sorprende, al menos, que vaya así vestido?

DOROTEA.- Aquí, en este pueblo, señor, no nos Sorprendemos ya de nada...

(Y Sale de detrás del mostrador) Míreme usted.

JOSÉ.- (Viendo su vestido de novia.) ¿Qué significa eso?

DOROTEA.- Que yo voy como usted, y por igual motivo. También mi novio me dejó.

JOSÉ.— ¡No!

DOROTEA.- Sí...

JOSÉ.- ¿Cuándo?

DOROTEA.- El nueve de agosto del año pasado.

JOSÉ.- ¡No es posible!

DOROTEA.- Sí que lo es. Como usted lo oye...

JOSÉ.- Fue el mismo día en que ocurrió lo mío. Y esto, entonces, quiere decir..

DOROTEA.- ¿Qué?

JOSÉ.- No sé... Pienso yo que si fue el mismo día cuando los dos nos quedamos desparejados, solos y sin amor, fue porque Dios pensaba que no era con ellos con quienes debíamos unimos y que nos ha hecho esperar hasta encontrarnos...

DOROTEA.- Es bonito eso...

JOSÉ.- Sí que es bonito, sí...

DOROTEA.- ¿Quiere usted sentarse?

JOSÉ.— Gracias.

(Y se sienta a la mesa de la derecha, en donde quedó una de las flores que trajo DOROTEA. Y ésta coge uno, que ofrece a JOSÉ.)

DOROTEA.- ¿Una flor?

JOSÉ.- Le repito las gracias...

(Y se pone la flor en la solapa, mientras DOROTEA se sienta junto a él.)

DOROTEA.- ¿Cómo se llamaba la novia que le dejó?

JOSÉ.- Cándida...

DOROTEA.- ¿De dónde era?

JOSÉ.- De Salamanca. ¿Por qué lo pregunta?

DOROTEA.- No, por nada... ¿La quería?

JOSÉ.- Mucho.

DOROTEA.- Yo al mío también. Más que a nadie en el mundo. Y hablábamos, y nos reíamos. ES muy bueno tener al lado una persona para charlar... ¡Parece todo diferente! Por eso, cuando él se fue, me quedé así, para que nadie se acercara a mí Para estar sola... Para pensar a gusto en él... ¿Por qué ha venido aquí?

JOSÉ.- Viajo Sin cesar viendo pasar los trenes, porque en un tren expreso era donde ella y yo íbamos a hacer nuestro viaje de boda. He recorrido Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, aunque en la ciudad donde me encuentro más cómodo es Londres, ya que mi forma de vestir no sorprende allí demasiado". En cambio, en España... La gente es dura para los asuntos de amor... Hay niños feroces que intentan darme caza a lazo...

DOROTEA.- ¿Y por qué Sigue así vestido?

JOSÉ.- Por despecho. Por vengarme de quien me ultrajó... Por rebeldía... Y no he de negarle que me molesta que también vaya así vestida, ya que creí tener la exclusiva de este modo de protestar. . .

DOROTEA.- Es usted simpático.

JOSÉ.- Sí que lo soy, sí...

DOROTEA.- ¿Cómo se llama? `

JOSÉ.- José. José Rivadavia. ¿Y usted? ·

DOROTEA.- Dorotea.

JOSÉ.- Que al revés es Teodora.

DOROTEA.- Es verdad, sí... ¿Por qué me dice eso?

JOSÉ.- Porque ese nombre me recuerda un romance muy bello, que trata de un pueblo, y una novia, y unos amores tristes...

DOROTEA.- ¿Cómo es?

JOSÉ.- El verso se titula: "El pretendiente". Y dice así... (Y Se levanta para recitar) Había quedado en ¡1' de siete a Siete y media, para pedir la mano de Teodora, la mayor de las hijas de la familia Heredia. Y muchísimo antes de la hora, temblando de emoción, las niñas y la madre Se habían ido al balcón del entresuelo, para verle llegar... "Ya no puede tardar" había dicho Teodora, arreglándose el pelo, muy nerviosa. "Pepito es muy formal y tratándose de una cosa tan seria, será muy puntual". Pero las Siete y media habían dado hacia un rato y por la calle Real no se veía ni un gato. " ¡Subamos al balcón del principal, porque desde aquí se ve bastante mal!" había dicho la madre, que era muy autoritaria, y que era, además, la propietaria de aquella casa de la calle Real. Y desde el principal, subieran al primero para verle llegar desde el balcón, y como eran ya las nueve, y no venía, subieron al segundo, y después al tercero, y a todas les temblaba el corazón de angustia. Teodora estaba mustia, y aunque se daba cuenta que la cosa era fea, propuso que subieran todos a la azotea para verle llegar. Y con un telescopio miraron todo el pueblo y las afueras, y Pepe no venía, y las niñas se echaron a llorar... "¡Esta casa es muy baja!", "¡Subamos más arriba para verle venir!" decía Teodora, pálida, con ganas de morir... Y subieron al cielo, y allí, desde una estrella, miraron todo el mundo y no hallaron ni huella de Pepito. "Esperemos aún otro ratito", había dicho Teodora, sentándose en una mecedora. Y esperaron un año y diez y ciento, y Pepe no llegaba, porque lo que pasaba, es que Pepito tenía mucho cuento...

DOROTEA.— (Verdaderamente divertida.) ¡Bravo!

JOSÉ.- Gracias.

DOROTEA.— Son preciosos... Y usted los recita muy bien...

JOSÉ.- ES usted muy amable.

DOROTEA.— ¿Quiere tomar algo?

JOSÉ.- Ahora, no. Después, Si le parece, tomaré un bocadillo de jamón y queso.

DOROTEA.- ¿Una cerveza antes?

JOSÉ.- Si le es lo mismo, prefiero una copita de coñac. En vaso grande...

DOROTEA.- Se la sirvo ahora mismo. (Y el diálogo Sigue, mientras DOROTEA va al mostrador a servir a JOSÉ la copa de coñac.) ¿Y cómo le dejó su novia siendo usted tan ameno?

JOSÉ.- Parece ser que la amenidad no le bastaba, y dos días antes de casarnos, encontró otro señor que unía a la amenidad un pequeño negocio de conservas... ¿Y a usted el suyo?

(Y va también al mostrador y se queda por fuera frente a Dorotea.)

DOROTEA.- Por los chismorreos del pueblo. Por la envidia. Y sobre todo, por mi tía.

JOSÉ.— ¿Su tía?

DOROTEA.- Sí, claro. Ella es la culpable de todo.

JOSÉ.- ¿Y-cómo lo consiente usted?

DOROTEA.- Me he enterado hace cuatro meses nada más, y yo soy la única que lo Sabe. Se entiende con el encargado de las carnicerías. Con uno que se llama Andrés y era antes el mozo...

JOSÉ. - No me diga...

DOROTEA.- Sí, los sorprendí un día, pero me hice la tonta. Entonces me puse a atar cabos y resulta que todos los novios que yo tenía, mi tía me los espantaba...

JOSÉ. - ¿Para qué?

DOROTEA.- Mi padre quería que yo me casara para que mi marido y yo nos quedáramos al frente de los negocios y para que la tía Se fuese a zurcir la ropa. Y como ella no quería zurcir, se las arreglaba para armar jaleos y que mis novios me dejaran. Y así, de acuerdo con Andrés, quedarse con todo.

JOSÉ.- ¡Pero eso es una monstruosidad!

DOROTEA.- No lo crea. Son cosas corrientes en los pueblos. Por quedarse con un par de cerdos y una mula, son capaces de cualquier cosa.

(Y con la copa de Coñac va de nuevo a la mesa de la derecha. Los dos se sientan.)

JOSÉ.- Pero esto del vestido blanco...

DOROTEA.- Yo no me di cuenta porque estaba obcecada. Pero después me he puesto a pensar y recuerdo que al día siguiente del escándalo que formé en el pueblo, cuando yo dudaba si debía seguir así vestida O no, fue la tía la que me dijo: "Sí, hija, ponte el vestido blanco y sal a la calle para que se chinchen." ¿Comprende usted? En lugar de esconderme el vestido, ella me animó. Y aún me sigue animando para que me encierren por loca y prescindir de mí...

JOSÉ.- Pero debía usted denunciarla...

DOROTEA.- Ya es tarde para eso. Todos me llamarían embustera, porque aquí las cosas se hacen con mucha hipocresía y nunca es posible demostrar nada... Y por otra parte, no deseo hacerla ningún daño, porque la culpa no es suya, sino de Andrés, el mozo. Lo que le pasa a ella es que está enamorada y hace lo que él le dice, ¿comprende? ¡Cuando se está enamorada se cometen tantas locuras...! ¡Pobrecilla! ¿Verdad que da lástima?

JOSÉ.- Pero de eso a que permita que la encierren...

DOROTEA.- No creo que llegara a tanto... Y además, ¿qué importa? Quizá encerrada estaría mejor...

JOSÉ.- ¡Pero eso es absurdo! Usted no está loca...

DOROTEA.- ¡Andá! ¿Cree usted que no?

JOSÉ.- Usted es, Simplemente, una mujer sensible... Quizá un poco más sensible que todas las demás mujeres... Y con el suficiente valor para no ocultar al mundo esta Sensibilidad maravillosa... ¿Por qué no nos casamos?

DOROTEA. (Se levanta extrañada.) ¿Usted y yo?

JOSÉ.- Sí, claro... Y ya casados podríamos quitarnos estos vestidos que nos pesan... Y ser dichosos...

DOROTEA.- ¿Y sería usted capaz de vivir en este pueblo?

JOSÉ.- Con usted, en cualquier parte sería feliz...

DOROTEA.- Le advierto que, sin amores contrariados y sin problemas y sin la obligación de caminar por la calle Real para encontrar novio, da gusto vivir aquí... Es cierto que hay que defenderse de la lluvia, de las olas y de la murmuración... Pero esto estimula el ingenio y la hace a una más fuerte... Y cuando un día, de pronto, cesan todas esas cosas y sale el sol, no hay rincón más bonito... Ni siquiera Bayona, fíjese...

JOSÉ.- (Se levanta y va hacia ella.) Por eso digo que debíamos casarnos. Y yo podría ocuparme de llevar todos sus negocios... Y de defender sus intereses...

DOROTEA.- Y así, de este modo, poder quedarse con todo mi dinero, ¿no? Y marcharse después.

JOSÉ.- ¿Por qué dice usted eso? No comprendo...

DOROTEA.- Porque hace tres días estaba usted en este pueblo con una chaquetita a cuadritos... Le vi yo... Desde lejos, pero le vi.

JOSÉ.— Le aseguro que no sé de qué habla.

DOROTEA.- Estaba en la Alameda, junto al paseo del mar, hablando con el novio de Rosa. Y se ha presentado aquí así vestido para que yo pique lo mismo que ha picado ella y, dada su labia, picarán todos los demás... Reconozco que venir así ha sido una bonita idea... Pero no una bonita acción...

JOSÉ.- (Baja la Cabeza vencido.) No sé cómo disculparme. Estaba sin trabajo, derrotado, Sin moral... Sin esperanza... Un poco así como lo está usted... No crea que me dedico a esto ¿sabe? Soy artista.

DOROTEA. ¿Artista? _

JOSÉ.- Bueno, soy barítono... Pero un mal barítono... Un actor fracasado... En algún momento tuve éxitos y me creí importante y fuerte. .. Pero un día dejaron de aplaudirme y mi vanidad y mi rebeldía me impidieron seguir luchando... Y preferí hundirme en un café y echarle la culpa a los demás de un fracaso del que yo solo era responsable... Hace poco me llamó aquí Juan — que no es un mal chico, ¿sabe?— y me habló de usted... En un baúl del teatro encontré este viejo chaqué y esta ridícula chistera, que no había empeñado todavía... Y entonces pensé... Pero debe usted perdonarme... Si quiere me marchó... Ahora mismo...

DOROTEA.- ¡No! Antes de que se vaya para siempre, tenemos que casarnos... Porque supongo que, al menos, será usted soltero...

JOSÉ.- Soltero y solo. Y además, tengo en orden mis papeles, que he traído aquí... (Por el maletín.) Pero sabiendo ya a lo que he venido...

DOROTEA.- ¿Y qué más da? Estoy ya harta de mi vestido blanco, de pasear, de vivir, de esta cabezonería mía... No puedo más, de verdad se lo digo...

JOSÉ.- De todos modos, yo creo que sería mejor que me marchase...

DOROTEA.- ¿Por qué quiere huir ahora? ¿Qué teme? (JOSÉ no contesta.) Ahora no mira mi vestido, sino que me mira a mí, a los ojos...

JOSÉ.- Sí...

DOROTEA.- Como si fuera un novio de verdad... ¿Por qué?

JOSÉ.- Porque mi vida, como la suya, no ha sido alegre ni triunfal... Y ahora...

(En este momento oímos el ruido del tren que pasa y vemos las luces que se reflejan en los cristales de la puerta del foro.)

DOROTEA. ¡El tren!

JOSÉ. - (Sin moverse de donde está.) Sí. El tren.

DOROTEA.- ¿No va a verlo pasar? ¿No quiere saludar a los viajeros y desearles un viaje feliz?

JOSÉ.- Ya no me interesa la felicidad de los demás, sino la suya.

DOROTEA.- No sé si me está usted mintiendo o no; pero quédese...

JOSÉ.- No debo hacer esto... Ya sabe usted quién soy...

DOROTEA.- Le aseguro que no me importa que haya venido a hacer una comedia, porque es una comedia maravillosa". Y porque es usted, además, un guapo comediante". Deme un beso... Si es que le gusta, claro.

JOSÉ.- Usted sabe que sí.

(Y se besan.)

DOROTEA.- Y ahora, desabrócheme el vestido, por favor...

JOSÉ.— ¿Aquí?

DOROTEA.- Sí, poco a poco, por la espalda... Como si ya fuera nuestra noche de bodas. Es necesario que me quite esto cuanto antes...

JOSÉ.- Pero si entra alguien...

DOROTEA. Si es que estamos locos, a nadie le podrá extrañar...

JOSÉ.- (Mientras empieza a desabrocharle el vestido.) Sí.

DOROTEA. Y tiene usted que prometerme que, aunque al final me engañe, que aunque al final se vaya, no me hará en este tiempo demasiado desgraciada... (Se vuelve y le abraza.) Que sea bueno conmigo... Y sobre todo, que sea alegre... ¡Tengo tantas ganas de reírme de nuevo y de pasarlo un poco bien!

(Y mientras Se refugia en él, ilusionada, rápidamente, cae, el

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado, en el que se han introducido algunas pequeñas mejoras. Por ejemplo, todas las mesas están cubiertas con unos manteles alegres de colores, y en cada una de ellas hay un búcaro con flores. La anaquelera con botellas, que hay en la pared detrás del mostrador, está adornada con banderines de diferentes nacionalidades. Los visillos de las puertas de cristales, también se han cambiado por otros más decorativos, y, aparte de otros detalles, al instalar algunos apliques de luz en las paredes, todo el conjunto resulta más acogedor y luminoso. Son las ocho de la noche. Las luces, encendidas.

(Al levantarse el telón, vemos a JUAN que, sentado a la mesa de la izquierda, está mojando un bizcocho en su café con leche. Mientras come, mira su reloj de pulsera y comprueba su hora con la que marca el reloj redondo de pared. Poco después entra ROSA por la puerta de la derecha. Sobre una bandeja lleva un plato con bizcochos y se dirige a JUAN ilusionada.)

ROSA.- ¡Juan!

JUAN.- ¿Qué?

ROSA.- ¿Te traigo más bizcochos?

JUAN.- Gracias, rica.

ROSA.- De nada, guapo. (Y se sienta junto a él para verle comen) Te gustan, ¿verdad?

JUAN.- Mucho.

ROSA.- Los ha hecho la señorita. Y yo la he ayudado.

JUAN.- Pues, mira, están muy buenos.

ROSA.- ES que antes la señorita Sabía mucho de repostería. ¡Y hacía unos postres que llamaban la atención! ¡Hojaldres, yemas de coco, tartas de manzana y no sé qué cosas con chantilly!... Yo creí, que después de tanto tiempo, se le había olvidado... Pero ya ves...

JUAN.- No. Pues no se le ha olvidado... Están divinamente... Y muy blanditos...

ROSA.- ¿Y qué me dices del arroz a la marinera que hemos puesto para almorzar?

JUAN.- ¡Hombre! ¡Estaba muy sabroso!

ROSA.- Pues ese lo he hecho yo... Y ahora vamos a tomar una cocinera para que nos ayude, y ya verás cómo se nos llena esto de gente. Hoy, para cenar, van a venir tres.

JUAN.- ¿Viajeros?

ROSA.- No; gente de aquí. Que ya han perdido el miedo.

JUAN.- Pues ya ves qué bien.

(Y sigue comiendo con glotonería.)

ROSA. — (Que no le deja de mirar) Yo te encuentro más gordo, Juan. Desde que nos casamos...

JUAN.- Pues, Sí. En este mes y medio he engordado cerca de un kilito...

(Y da por terminada su merienda.)

ROSA.- ¿Lo ves? Y estás mejor así... ¿Quieres algo más?

JUAN.- Ponme una copita de anís, si no te importa.

ROSA.- Sí, Juan, enseguida. (Y se levanta y va detrás del mostrador; en donde busca una botella, momento que aprovecha JUAN para volver a mirar su reloj a hurtadillas.) Oye... ¿Dónde está don José?

JUAN.- No sé. No le he visto esta tarde... Puede que esté por ahí, dando una vuelta...

ROSA.- A lo mejor está otra vez en la estación, jugando al dominó con el jefe.

JUAN.- ¿Con ése? No. Qué va...

ROSA.- ¿Y por qué no?

JUAN.- (Sin poder ocultar su mal humor) Pues porque no, hija, porque no...

ROSA.- Estás nervioso. Juan.

JUAN.- ¿Yo?

ROSA.- Lo parece.

JUAN. No Sé por qué voy a estarlo...

(ROSA le ha servido el anís en copa y no deja de observarle con una inquietud que trata de disimular)

ROSA.- Toma la copa...

JUAN.- Gracias. (Y la bebe de un trago.) ¿Tú sabes Si trae retraso el tren de Madrid?

ROSA.- ¿El ascendente o el descendente?

JUAN.- Déjate de líos. El que va a Madrid.

ROSA.- ¿Por qué lo preguntas?

JUAN.- No, por nada. Porque ya es la hora y no lo han anunciado.

ROSA.- Pues, Sí; traerá retraso...

JUAN.- ¿Qué hace tu Señorita?

ROSA.- Está ahí, en la fonda, hablando con sus amigas, que han venido a hacerle una visita.

JUAN.- ¿Las cotorronas?

ROSA.- Bueno, ya sólo queda una cotorrona... Porque las otras dos han sacado novio...

JUAN.- ¿Ah, Sí?

ROSA.- Sí. Durante las fiestas. En la cucaña, ¿Sabes? Y se van a casar...

JUAN. - (Siempre distraído.) Vaya, pues me alegro... Bueno, en fin, me marcho...

ROSA.- ¿Adónde?

JUAN.- No sé... Por ahí al andén...

ROSA.- ¿Al andén?

JUAN.- Sí. A dar una vuelta...

ROSA.- Antes de irte dame un beso, Juan.

JUAN.- ¿Por qué?

ROSA.- Pues ya ves, por nada. Porque lo necesito...

(Y Se besan.)

JUAN.- Adiós.

ROSA.- ¡Adiós!...

(JUAN hace mutis por la puerta del foro. ROSA queda junto a los cristales, inquieta, viéndole partir Y por la puerta de la derecha entra DOROTEA, muy mona, muy tranquila y ya vestida normalmente. La Siguen REMEDIOS y BENITA, que ha cambiado mucho y se muestra muy espiritual y romántica.)

DOROTEA.- Pasad por aquí y así veréis cómo he arreglado todo esto.

BENITA.- Es verdad... Pues ha quedado monísimo, chica...

REMEDIOS.- Sí, no está mal...

DOROTEA.- ¿De verdad os gusta?

BENITA.- ¡Monísimo, monísimo! .

DOROTEA.- ¿Qué haces ahí, Rosa?

ROSA.- No, nada... Viendo si llegaba el tren...

REMEDIOS.- Ahora pasa el que viene de Bilbao y va a Madrid, ¿no?

DOROTEA.- Si; ése que sólo para aquí un minuto...

REMEDIOS.- (Con retintín.) Lo suficiente...

DOROTEA.- ¿Por qué dices eso?

REMEDIOS.- No, hija, ¿por qué va a ser? Por nada.

DOROTEA.- Anda, Rosa, vete recogiendo esto de aquí, hazme el favor...

ROSA.- Sí, señorita, en seguida voy...

(Y ROSA recoge en la bandeja el servicio de la merienda de JUAN y hace mutis por la derecha, mientras DOROTEA y sus amigas han seguido hablando.)

BENITA. Pues ya te digo, hija, ha quedado mOr1íSimo... ¡Hay que ver! (Y con tantas florecillas encima de las mesas!...

(Y toma una de ellas y huele su perfume.)

DORO'I`EA. He puesto flores y visillos, y manteles nuevos. Y esas banderitas debajo del reloj... Y estos apliques de luz en la pared, que ha instalado José...

REMEDIOS.- Tiene mucha maña José.

DOROTEA.- Sí que la tiene... Y me ayuda mucho.

REMEDIOS.- Parece mentira... ¡Un hombre que se presentó aquí tan estrafalario!

DOROTEA.- El pobre tenía sus motivos... Igual que yo...

(Y mientras habla va de un lado a otro de la escena, cambiando las flores y poniendo en orden las botellas del mostrador)

BENITA.- Claro que sí, desde luego, pobrecito mío...

REMEDIOS. — (Enfadada.) Hija, a ti, desde que tienes novio, todo te parece bien...

BENITA. ¿Y por qué me iba a parecer mal? Ya ves, pobre criatura...

REMEDIOS.- Pues a mí me han dicho que José era actor de teatro. Y que Juan era su representante.

DOROTEA.- Puede ser. Yo nunca le pregunto nada. No me preocupa lo que han sido, sino lo que son. El mío, un marido maravilloso...

BENITA. Claro que sí. Y muy guapo.

REMEDIOS.- ¿Quieres callar, Benita? ¡Mira que me estás poniendo nerviosa!

BENITA. Bueno, sí, chica; ya me callo.

REMEDIOS.- Y dime una cosa, Dorotea... ¿Es verdad que José ha vendido tus siete casas del pueblo?

DOROTEA.- Siete, no. seis. Las que estaban más viejas y no eran rentables.

REMEDIOS.- Y según dicen, ahora está gestionando el traspaso de las carnicerías...

DOROTEA.- Sí; parece que esos negocios no iban bien. Y como José entiende mucho de estas cosas...

REMEDIOS.- También se dice que Juan ha vendido su "tío—vivo" de la verbena y con ese dinero va defendiéndose... ¿Pero qué hace José, aparte de poner apliques?

DOROTEA.- Pues duerme conmigo... Me quiere... Charlamos. .. Nos reímos... Y no nos ocupamos del resto de la gente... Y después de esto, en los ratos que le quedan libres, se dedica a poner en orden mis asuntos, que estaban bastante embrollados...

REMEDIOS.- Se ocupa de eso y de jugar al dominó.

DOROTEA.- Sí; juega muy bien. Y Juan, lo mismo... Y les entretiene jugar los días de lluvia...

BENITA.- ¡Los hombres, los días de lluvia, saben jugar muy bien!

REMEDIOS. - Pues el otro día, don Felipe, el jefe de la estación, se enfadó con Juan...

DOROTEA.- (Fingiendo una cómica curiosidad.) ¿Ah, Sí? No sabía. Cuéntame. Eso sí que debe ser interesante...

(Y se sienta para oír más atentamente.)

REMEDIOS.- Parece ser que dijo que los de Madrid saben jugar al dominó mejor que los de aquí...

DOROTEA.- ¡Ah! Pues eso es grave...

REMEDIOS.- Claro que lo es. Porque tú sabes que los de aquí tienen fama. Y sobre todo don Felipe...

DOROTEA.- ¡Qué historia tan apasionante! ¿Y qué más cosas Sabes?

BENITA.- Eso, hija, Cuenta... Que nos tienes en vilo...

REMEDIOS.- Pues también sé que has perdonado a tu tía y que una de esas casas que tu marido no ha vendido aún, se la has cedido a ella. Y que la has dejado al frente del estanco.

DOROTEA.- Sí, es verdad. Cuando se es feliz se perdona todo. ¡Y yo soy muy feliz, Remedios! ¿No te queda por darme ninguna otra clase de información?

(Y se levanta.)

REMEDIOS.- ¡Puesto que todo te trae ya sin cuidado!

DOROTEA.- ¡Todo lo que no sea José!

REMEDIOS.- ¿Y donde esta José, por cierto?

DOROTEA.- No sé... Por ahí... Pero ya vendrá... Le estoy esperando para verle, porque nunca me canso de verle, ¿entiendes? Y puesto que tienes prisa y no ha llegado aun, yo le saludaré en tu nombre y le daré muchos recuerdos de tu parte... ¿Alguna otra cosa?

REMEDIOS.- No, nada, Dorotea...

DOROTEA.- Entonces, adiós...

(Y la besa.)

REMEDIOS.- Adiós, Dorotea...

BENITA.- Y me alegro que estés tan contenta... (Y la besa también.)

REMEDIOS. - Que te dure mucho.

DOROTEA.- Durara... Y darle recuerdos a Inés.

REMEDIOS.- (Mientras va hacia la puerta de la izquierda.) Gracias, de tu parte.

DOROTEA.- (Ah! Y que se mejore de su pulmonía...

REMEDIOS.- Ya ves. Para que os deis cuenta de lo que es el amor. El día que saco novio se empeñó la pobre en quitarse la camiseta, y mira el resultado...

DOROTEA.- Se pondrá bien... Adiós, Reme. Adiós, Beni...

BENITA.- Adiós...

REMEDIOS.- Adiós, Dorotea...

(Y BENITA y REMEDIOS hacen mutis por la puerta de la izquierda. Y por la derecha entra Rosa, que pregunta angustiada.)

ROSA.- No ha llegado todavía, ¿verdad?

(Y DOROTEA cambia su tono tranquilo y feliz, por otro inquieto, apurado y nervioso.)

DOROTEA.- No, Rosa. Es hoy cuando se va, hoy. .. Lo presiento... Me lo da el corazón...

ROSA.- ¡Bueno! ¿Pero quién es el que se va? ¿El suyo o el mío? Porque de eso es de lo que no estoy muy segura...

DOROTEA.- „;Quién va a ser? José. El billete de tren que le encontré en el bolsillo al cepillar su traje, era para Madrid... Lo malo fue que no me diera tiempo de fijarme en la fecha, porque en ese momento entro él y casi me sorprende... Así es, que si no es hoy, será mañana, pero se irá...

ROSA.- ¡Pero ese billete puede ser para él, o puede ser para Juan!

DOROTEA.- No, Rosa. Si lo tenía él, es para él.

ROSA.- ¿Y quién le dice que Juan no puede tener otro? Porque yo no le he registrado los bolsillos... Y esta muy nervioso y muy inquieto... Y pendiente de si el tren de Madrid trae retraso o no... Y esta venga a dar paseos por el andén.

DOROTEA.- ¡Pero fue mi marido quien puso ayer dos conferencias telefónicas y no sé lo que hablé ni con quién!... Pero está muy preocupado... Y hoy apenas si le he visto en todo el día...

ROSA.- Pero ninguno de los dos ha preparado el equipaje...

DOROTEA.- Se pueden marchar sin equipaje, Rosa... Y así no tendrán ni que despedirse. Solo subir al tren y escapar... Y es posible que esta visita de mis amigas sea debido a esto... A que ya sepan algo... Sobre todo Remedios...

ROSA.- Pero si es el suyo el que se va, usted puede impedirlo...

DOROTEA.- Yo no puedo hacer nada... Ya él me dijo a lo que venía. Y aún sabiéndolo, yo acepté... Y tengo mucho amor propio... Y no sería capaz de suplicarle que no se fuera... Aunque se me parta el corazón, Rosa...

ROSA.- ¡Calle!

(Se ha abierto la puerta de la izquierda, por donde entra JOSÉ.)

José.- Hola, ¿qué hay?

(DOROTEA, contenta, va hacia él.)

DOROTEA.- Hola, mi vida... ¿Dónde has estado?

José.- Por la carretera, dando un paseo... Haciendo un poco de ejercicio, ¿sabes? y pensando...

DOROTEA.- ¿Pensando en qué?

José.- Pensando en ti...

DOROTEA.- ¿De verdad?

José.- Pues claro que si... (A ROSA.) ¿Y Juan, Rosa?

ROSA.- Ha salido al andén...

José.- ¿Tú sabes si trae retraso el tren?

ROSA.- Si, debe traerlo...

DOROTEA.- Todavía no han anunciado la llegada...

José.- Bueno. ¿Y qué? ¿Ha habido alguna novedad?

DOROTEA.- No. Lo de siempre... Han venido mis amigas a verme...

JOSE.- ¿Y qué te han dicho?

DOROTEA.- Nada de particular... Han estado muy amables... ¡Ah! Y les ha gustado mucho como ha quedado la cantina... Los apliques, sobre todo, les han encantado...

JOSÉ.- (Distraído.) Ya...

DOROTEA.- ¿Y tú qué vas a hacer, José?

JOSÉ.- ¿Hacer de qué?

DOROTEA.- Hasta la hora de la cena...

JOSÉ.- Ah, pues no sé... Voy a dar una vueltecita por el andén.

DOROTEA.- ¿Para qué?

JOSÉ.- Ya sabes que me gusta ver pasar los trenes... Es la única verdad que te dije aquel día... ¿te acuerdas? Me ha gustado siempre... Y voy a verlo pasar...

DOROTEA.- ¿Quieres que vaya Contigo?

JOSÉ.- No, que hace fresco, ¿sabes? No salgas... Yo volveré enseguida.

DOROTEA.- ¿Sí?

JOSÉ.— Claro...

DOROTEA.- José...

JOSÉ.— ¿Qué?

DOROTEA.- ¿Quieres que te prepare un bocadillo de jamón y queso?

JOSÉ.— ¿Un bocadillo? ¿Para qué?

DOROTEA.- Para que te lo lleves... Por si tienes hambre...

JOSÉ.- No sé por qué voy a tener hambre...

DOROTEA.- Entonces llévate un abrigo por si tienes frío... ¿Quieres que te lo baje Rosa?

JOSÉ.- (Extrañado.) Oye... ¿tú estás bien?

DOROTEA.- Sí...

JOSÉ.- ¿No te pasa nada?

DOROTEA.- No, que va... Si estoy tan contenta... ¿Verdad, Rosa?

ROSA.- ¡Ya lo creo! ¡Hoy es de los días que estamos las dos más animadas!...

(Suenan las campanas de la estación.)

DOROTEA.- La campana...

ROSA.- Ya debe estar entrando...

JOSÉ.- Entonces me voy...

DOROTEA.- Dame un beso. José...

JOSÉ.- Sí... (Se besan.) Adiós...

DOROTEA.- Adiós... (Y JOSÉ hace mutis por la puerta del foro. A ROSA y a punto de echarse a llorar) ¿Lo estás viendo?

ROSA.- Sí... (Y se rebela ante la injusticia.) ¡Pero no nos pueden dejar así!

¡Eso no se hace! ¡Eso está muy feo!

(Se escucha el ruido del tren que entra en la estación.)

DOROTEA.- ¡Calla! ¡El tren!

VOZ.- (Dentro.) ¡...Zolitzola...! ¡Un minuto...!

DOROTEA.- ¡Un minuto!

ROSA.- ¡Y de ese minuto depende todo!

DOROTEA.- No, Rosa... Porque si no es hoy, será mañana... No olvides que tienen ya el billete.

(Suenan las campanas de la estación.)

ROSA.- ¿Me asomo?

DOROTEA.- Sí...

(ROSA va hacia la puerta del foro, pero después de abrirla se arrepiente y la vuelve a cerrar)

ROSA.- No. No me atrevo...

DOROTEA.- Ni yo tampoco. Si ya lo tienen decidido, no por ir a buscarlos vamos a impedirlo...

(Ha sonado el pito de la locomotora, el fragor de la máquina y el pitido del tren que parte.)

ROSA.- El tren que se va...

DOROTEA.- Sí... Y

ROSA.- ¡Si no le hubiera usted dejado vender todo lo que ha vendido!

DOROTEA.- Me ha salvado, Rosa... ¿Qué era yo sino una pobre histérica de pueblo, que estaba ya al borde del suicidio? Y además, ha cumplido su promesa de hacerme feliz en todo este tiempo... Y de ser bueno conmigo... Aunque se vaya ahora, todavía debo estarle agradecida.

(Y se abre la puerta del foro y de nuevo entra JOSÉ, visiblemente preocupado.)

JOSÉ.- Hola.

ROSA.- (Se vuelve sorprendida.) ¡Hola!

DOROTEA.- (Igual.) Hola.

JOSÉ.- ¿Os pasa algo?

ROSA.- No, nada.

DOROTEA.- Nada.

JOSÉ.- Pues ya estoy aquí otra vez... ¿Qué? ¿No ha entrado nadie?

DOROTEA.- No, José. ¿Quién querías que entrase?

JOSÉ.- Qué sé yo... Algún viajero, ¿no?

ROSA.- No. Pues no ha entrado nadie.

JOSÉ.- ¿En la fonda tampoco?

(Y va hacia la puerta de la derecha.)

DOROTEA. No. Tampoco.

ROSA.- No creo...

JOSÉ.- ¿Y no se ha recibido ningún telegrama para mí?

DOROTEA.- No. Ninguno.

JOSÉ.- Pues es raro...

ROSA.- ¿Por qué?

JOSÉ.- No, no, por nada... Porque es raro...

ROSA.- (De repente tiene un presentimiento y va hacia JOSÉ.) ¿Y Juan? ¿Dónde está Juan?

JOSÉ.- ¿Juan?

ROSA.- Sí. ¿Dónde está?

JOSÉ.- Se ha quedado con el jefe de estación. Han hecho ya las paces y van a jugar una partida.

Con el cartero y con el cura.

ROSA.- ¿De verdad?

JOSÉ. Claro.

DOROTEA. Entonces, ¿no se ha ido?

JOSÉ.- ¿Y a dónde se iba a ir?

ROSA.- Qué sé yo... Por ahí...

JOSÉ.- No. Ya te he dicho que está con don Felipe en Su despacho. Puedes ir a buscarle.

DOROTEA.- Sí, Rosa. Anda, ve...

ROSA.- (A DOROTEA.) No es hoy.

DOROTEA.- No. No es hoy...

ROSA.- Mejor, ¿verdad?

DOROTEA.- Sí, Rosa. Mejor.

ROSA.- Al fin y al cabo, es un día más...

(Y hace mutis por la puerta del foro.)

JOSÉ.- ¿Le pasa algo a esta chica?

DOROTEA.- No. ¿Qué le iba a pasar?

JOSÉ.- ¡Está así como nerviosa... Y ahora que caigo, tú también lo estás, Dorotea. Desde que entré antes... ¿Por qué?

DOROTEA.- ¿Y tú? ¿Por qué estás preocupado? ¿Qué te ocurre?

JOSÉ.- Bueno, yo tengo mis motivos...

DOROTEA.- ¿Qué motivos?

JOSÉ.- Resulta que estábamos esperando a un amigo y no ha venido... Le esperábamos Juan y yo, ¿sabes? Debía venir ahora en este tren, pero no ha llegado... Y me extraña mucho, la verdad. Claro que a lo mejor lo ha perdido y viene en el otro correo. En el de las diez y treinta.

DOROTEA.- ¿Y quién es ese amigo que esperas?

JOSÉ.- ¿Me das un vasito de vino? Tengo sed.

DOROTEA.- Sí, José. ¿Blanco o tinto?

JOSÉ.- Blanco.

DOROTEA.- Voy enseguida...

(Y pasa detrás del mostrador a servirle el vino.)

JOSÉ.- Le puse ayer una Conferencia a Madrid. Su mujer me dijo que estaba en Bilbao y que volvía mañana. Y entonces le telefoneé a Bilbao para que a su regreso se quedara aquí una noche y cenara con nosotros y durmiera en la fonda. A ti no te hubiera importado, ¿verdad? Es muy simpático, ¿sabes? Y está casado con una tiple que además de compañera es íntima amiga mía... Una gran tiple que ahora está retirada, pero que ha sido muy famosa. La Porcholes... Tú debes haber oído hablar de ella seguramente... Charito Porcholes...

DOROTEA.- ¿Y cómo no me has dicho que estabas esperando al marido de... la Porcholes? Ni Juan a Rosa se lo ha dicho tampoco.

JOSÉ.- Bueno... Es que queríamos daros una sorpresa...

DOROTEA.- No entiendo.

(José coge el vaso que le ha servido DOROTEA y va a sentarse a la mesa de la derecha.)

JOSÉ.- Dorotea... Esto nuestro tiene que terminar...

DOROTEA.- ¿El qué, José?

(Y va a sentarse a la misma mesa.)

JOSÉ.- Pues esto de estar aquí sin hacer nada... La gente del pueblo empieza a murmurar y a miramos de un modo un tanto extraño... Y tu amiga Remedios ha hecho unos comentarios que, realmente, me han disgustado mucho.

DOROTEA.- (Con cierta esperanza.) ¿Pero es que a ti te importa algo lo que pueda decirse en el pueblo?

JOSÉ.- ¡Pues claro que sí! ¡Naturalmente! El pueblo tiene una fuerza, no lo olvides... Y yo juego al dominó con el cura y con el boticario y con don Felipe. Y estoy muy bien relacionado... Y por eso no puedo estar aquí sin hacer nada... Esto no está bien, ¿comprendes? Y además no me encuentro a gusto. Ni Juan tampoco.

DOROTEA.- Y entonces, ¿qué pensáis hacer?

JOSÉ.- ¿Me das otro vasito de vino?

DOROTEA.- Sí, José. Enseguida. Anda, sigue...

(Y DOROTEA pasa detrás del mostrador para servirle el vino.)

JOSÉ.- Tú sabes que con las casas tuyas que he vendido, hemos conseguido un buen dinero... Y aún conseguiremos más, cuando traspasemos esos establecimientos que no marchan demasiado bien...

DOROTEA.- Sí, José...

JOSÉ.- Entonces, Juan y yo, hemos tenido una gran idea...

DOROTEA.- ¿Cuál?

JOSÉ.- Esa era la sorpresa que quería darte... Pero antes me hubiera gustado hablar con este amigo mío...

DOROTEA.- ¿Y no puedes adelantarme nada?

(Y vuelve con el vaso de vino, que ofrece a JOSÉ.)

JOSÉ.- Bueno, en fin, en la carretera, a la entrada del pueblo, hay un terreno que está bien situado y que lo venden muy barato... Esta tarde estuve allí otra vez... Y tiene árboles y desde un alto se ve el mar... Y se nos ha ocurrido que con ese dinero tuyo podríamos construir allí un

bonito merendero... Una especie de venta o de hostería, ¿comprendes? Y a base de precios caros... Porque no olvides que ya empiezan a venir de excursión muchos forasteros... Y no me extrañaría nada que de seguir aquí el tiempo tan desapacible y tan incómodo, este pueblo terminara poniéndose de moda...

DOROTEA.- Pues a lo mejor...

JOSÉ.- Entonces, al lado del merendero, pondríamos unos columpios y un tiro al blanco - con toldos de colores para guarecerse de la lluvia - y otras pequeñas diversiones de las que se ocuparía Juan, que conoce muy bien este negocio. Y yo podría encargarme de llevar todo lo demás... Contigo, claro...

DOROTEA.- (Cada vez más emocionado.) Sí, José.

JOSÉ.- Y como el marido de la Porcholes es constructor y maestro de obras, él podría realizar todos los trabajos... Por eso le he dicho que venga aquí para que vea el terreno y saque unos planos...

DOROTEA.- ¿Y va a venir seguro?

JOSÉ.- (Saca un billete del bolsillo.) Mira. Aquí tengo el billete de vuelta para Madrid que me encargó que le sacase... Para mañana. De no venir me hubiera puesto un telegrama...

DOROTEA. Sí, claro...

(Y se levanta para que José no la vea llorar)

JOSÉ.— ¿A dónde vas?

DOROTEA.- A traerte unas patatas fritas.

(Y pasa detrás del mostrador)

JOSÉ.- Gracias.

DOROTEA.- De nada.

JOSÉ.- Y yo he pensado que en el merendero, los domingos, podríamos amenizar las comidas con una orquesta de violines y, además, invitar a mi amiga la tiple para que cantase. Porque ella me ha dicho muchas veces que quiere volver a trabajar. Está ya un poco gorda, claro, pero a ella le haría tanta ilusión... Y cada domingo y cada fiesta podría invitar a una antigua cantante diferente.

DOROTEA.- ¿Y tú... no cantarías?

(Y vuelve a la mesa con un platito de patatas.)

JOSÉ.- Bueno, es posible que algún día, a petición del público, interpretase cualquier cosa... No es que me guste volver a mi antigua profesión, pero esto podría atraer a los clientes y ser provechoso para el negocio. No en balde el nombre de José Rivadavia no se ha olvidado todavía...

DOROTEA.- Ni se olvidará nunca...

JOSÉ.- ¡Ah! Y figúrate que ya tengo pensado hasta el título del merendero, que podría llamarse "La bella Dorotea"... ¿Eh? ¿Te gusta el proyecto?

DOROTEA.- Sí, José...

(Y de nuevo se levanta para ocultar su emoción.)

JOSÉ.- ¿A dónde vas?

DOROTEA.- A traerte más patatas fritas...

(Y vuelve a pasar detrás del mostrador)

JOSÉ.- ¿Pero qué te pasa? ¿Estás llorando?

(Y va también al mostrador y se queda por fuera frente a DOROTEA.)

DOROTEA. José... Yo quiero que me perdones por haber pensado mal de ti...

Por haber tenido metida dentro de la cabeza esa idea fija que me atormentaba noche y día... "Se va, se va, se va..." ¿Tú sabes lo que es eso? Y no es lo malo que te marcharas, sino que mi amor propio, mi soberbia, mi ambiente, mi educación y, en resumidas cuentas, mi enorme cobardía me impidiesen correr detrás de ti y seguirte a donde fuera y luchar y gritar para retenerte...

JOSÉ.— Nunca pensé en irme, Dorotea...

DOROTEA.- Por eso quiero que me perdones esta desconfianza mía que me hizo dudar de ti y de los hombres y del mundo entero, sin comprender que la vida no es tan fea como a veces pensamos y que puede haber días malos, desde luego, pero que también existen, como hoy, días maravillosos..

(En este momento se escucha un gran trueno, al que sigue una fuerte galerna.)

JOSÉ.— ¿oyeS?

DOROTEA.- Sí... (Lírica.) ¡La galerna!

JOSÉ.- (Sin darle importancia al mal tiempo, y pensando siempre en lo suyo.) " ¡La bella Dorotea!" ¿Te gusta?

DOROTEA.- Ese merendero va a ser el piropo más bonito que jamás he escuchado... Y vale la pena construirlo... Aunque sólo sea para que tú, y la Porcholes, volváis a recibir esos aplausos que tanto echáis de menos y tanto merecéis... ¿Un coñac en vaso grande, José?

JOSÉ.- Un coñac en vaso grande, Dorotea...

(Y se dispone a servirle el coñac, mientras la tormenta continúa y al ruido de la galerna, se mezcla ahora el ruido de un tren que pasa.)

TELÓN